

P. 2868

REVISTA DE MADRID



REVISTA

23 MAY 2007

# DE MADRID

---



CIENCIA—LITERATURA—POLÍTICA

VOLÚMEN I V

MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ DE ROJAS,  
*calle de Tudescos, 34.*  
—  
1883



## AL LECTOR.

---

Esta es la hora en que después de dos años de continuo batallar desde las páginas de nuestra REVISTA, nos sentimos gozosos y tranquilos, como quien cree haber cumplido sacratísimo deber. Hubimos de lanzarnos al combate, porque nos dolía observar el rumbo que tomaban entre nosotros la ciencia y la literatura, desviadas del foco de luz inextinguible, de donde arranca y dimana toda obra grande y generosa; y vinimos á la vida pública, en son de protesta contra el espíritu de rebelión y de anarquía que ha matado en flor la grandeza de nuestra historia patria.

Terrible era entónces la crisis por que pasábamos; más terrible es hoy todavía: y cierto que se necesita pelear denodadamente, si de ella hemos de salir triunfantes. La agitación y el desasosiego que puede observar el más miope en todo el sér de esta Nación sin ventura, nos impone grandísimos sacrificios. No aliviaremos nuestras miserias entregándonos á invectivas feroces, infamando en masa á cuantos se separen de la senda que tenemos por verdadera, ni siquiera dándonos tono de redentores y salvadores, como aquellos jueces de Israel que suscitara la Divina Providencia para salvar á su pueblo del yugo de los filisteos. Ni debemos tampoco pasar la vida echando de ménos aquellos tiempos

En que la tierra sus mineros nos rendía  
Sus perlas y coral el Oceano...

pues aún dando de barato, ahora no hemos de meternos en tales honduras, lo que haya de exageración en eso de creer *que todo tiempo pasado fué mejor*, conviene detenerse algo más en lo que un hegeliano llamaría las impurezas de la realidad: enderécese el entendimiento discursivo á buscar las causas

del mal que nos aflige, y harto más fecundo será para el cuerpo de la república el trabajo constante y brioso, encaminado á que la cizaña no se propague y extienda, que el inofensivo de estar á cada momento acordándonos de Otumba, de Lepanto y de Pavía. Dos años há que estamos predicando con el ejemplo esta línea de conducta, que quisiéramos ver aceptada por todos.

No ha sido, para nosotros, el camino recorrido, campo de flores, no; antes bien, hemos tenido que andar por entre abrojos y espinas. Alguna se nos ha clavado en lo hondo de nuestro corazón. Porque sin entregarnos á sensiblerías empalagosas, á que somos muy poco aficionados, harto comprenden las gentes discretas la amargura que de continuo acibara aquí la vida del escritor católico. A tal punto han llegado las cosas, que casi llega á parecer natural que el escritor católico eche á las veces en olvido lo que exigen las leyes de la moderación y de la cristiana prudencia. Plegue al cielo que no incurramos nosotros en tamaño delito: si hasta la fecha presente logramos mantenernos en el fiel de la balanza, contemplando los escándalos y los ódios con que nos regalamos el oído, pero sin azuzarlos ni exasperarlos, díganlo las personas de sana intención y de buena y no interesable voluntad. Esperamos tranquilos su fallo. Quizá no tengamos otra, pero esta es legítima gloria nuestra, que nos llena el alma de dulce consolación. Nuestro ardentísimo deseo, al comenzar las tareas de este año, es el de perseverar en la tarea emprendida en Enero del 81, á saber: la de trabajar sin desmayo, ajenos á las luchas ardientes de la política, por la restauración completa, absoluta y definitiva de la ciencia y de la literatura católicas, para que cuando reine la verdad en los entendimientos, viva también Jesucristo en los corazones.

Dos palabras en otro orden de ideas.

La REVISTA DE MADRID no podía, sin incurrir en el feo pecado de ingratitud, olvidar las muestras de simpatía con que la honran muy á menudo personas respetabilísimas, para las cuales no pasan inadvertidos los grandes sacrificios que hemos hecho hasta el día de hoy. Buena prueba de que que-

remos corresponder nosotros á tantas bondades, es la de haber decidido aumentar con un pliego más de lectura las páginas de nuestra REVISTA, reforma que sabrán apreciar todos en lo que vale, y máxime si tienen en cuenta, que á la par se rebajan los precios de suscripción. No caiga en tierra estéril tanto desinterés, y no concluirán aquí las agradables sorpresas que daremos á nuestros amigos.

Por de pronto, y para cuando se termine (ya falta poquísimo) la reimpresión del *Blanquerna*, de Raimundo Lulio, libro de oro, que regalamos á nuestros suscritores, bien será advertir que comenzaremos á reimprimir otro, de altísimo mérito literario y verdaderamente precioso por el autor, por el asunto y por la forma.

Sea para nuestros amigos el año que comienza, fecundo en todo linaje de prosperidades; séalo también para nosotros: que acertemos en él á defender la santa y bendita intolerancia de los principios, pero guardando con esquisito esmero las prescripciones de la caridad, única virtud en que no cabe pecar por exceso.

M. GARCÍA ROMERO.

## LA MAGISTRATURA DE LA CRÍTICA.

Es manía constante de ciertos escritores, heredada ya de sus antepasados los enciclopedistas, la de decir, repetir y sostener que vivimos en una época eminentemente filosófica, en la época de la crítica. Y sin embargo, dicho sea en honor de la verdad, pocas cosas parecen ménos ciertas. La razon es óbvia: si puede sostenerse en tésis general que á pesar de los inmensos adelantos realizados en las ciencias experimentales, la educacion científica de este siglo deja no poco que desear, ya considerada en sí misma, ya en sus relaciones con las de épocas anteriores, ¿cómo puede ser llamado este siglo siglo de la crítica, ó mejor dicho, cómo puede ser la crítica su nota característica? Admitir sin sujetarlo antes á prévio exámen lo que aseguran los que sin descorrer el velo que cubre las grandezas de lo pasado se entusiasman sólo ante lo que les rodea, es únicamente concebible en quienes subordinan los fallos de la razon á los de las pasiones, no en los que piensan y escriben movidos únicamente por amor á la verdad. Realmente en esto es más preciso que en otras cosas no dejarse vencer de las ilusiones, no engañarse, ya con mistificaciones y exageraciones de la verdad, como sucede á no pocos, ya con creaciones más ó ménos ingeniosas de la fantasía. ¿Por ventura las obras modernas no están diciendo con casi unánime concierto de voces que la ligereza y la superficialidad son los caracteres de los entendimientos educados tal como se educan generalmente las presentes generaciones? No cabe dudar de que hoy se producen pocas cosas sérias, duraderas y permanentes, y de que hasta en los adelantos de la civilizacion y de la cultura, en los progresos mismos de las ciencias físicas y naturales, en las grandiosas concepciones de los génios que este siglo como los anteriores ha producido, se encuentra el sello que caracteriza á la época. Bien ha podido decirse á la vista de la mezcla ruin

de gigante y de enano, que ahora quizá más que nunca aparece en los hombres; del conjunto de grandeza y de miseria que presenta la sociedad por un lado rica, vigorosa y potente, y por otro pobre, débil y raquítica, que sin duda ninguna los hijos de Dios confundidos con los hijos de los hombres no han abandonado todavía su propósito de levantar una torre que abriéndose paso á través de las nubes sirva para escalar el cielo, y que por esto los castiga Dios, no solo confundiendo cada vez más sus lenguas, sino tambien grabando en todas las producciones humanas la marca de su imperfeccion, que no pocos quieren olvidar, ya que no pueda concederse que la desconocen.

Y aquí no sea fuera de propósito quizás lamentar, que algunos espíritus atrevidos que navegan como naves sin timón por el revuelto mar de las contradicciones de la ciencia moderna, se empeñen en revestir á la crítica de una autoridad que no tiene, toda vez que ni por sí misma, ni por los que ejercen su elevado magisterio es infalible, ni muchísimo menos. A causa de esta exageración y de los males reales que indudablemente produce, algunos teólogos han declarado que en general debe desconfiarse de los que erigen la crítica, ó mejor todavía, lo que llaman la crítica, en juez supremo de cuyas sentencias no es posible apelar ante más elevado é inteligente tribunal. Los que así proceden olvidan cuál es el verdadero concepto de la crítica prácticamente considerada. Porque si la crítica en realidad no es otra cosa que la aplicación, hecha por los críticos, de las reglas que sirven para distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo bello de lo disforme; si los que hacen esta aplicación no son infalibles, como lo prueban *á posteriori* los errores en que incurren á cada paso, ¿cómo ha de ser posible reconocer la infalibilidad de la crítica? Esto conduce á confesar que pueden errar, y obliga á admitir sólo sus testimonios con las debidas restricciones, sin concederles más valor y autoridad que la que tengan personalmente los que los hayan dado (1).

---

(1) *Reflexions sur les règles et l'usage de la critique.*

Débase advertir que no entendemos hablar ahora de los críticos afiliados á las escuelas que afirman la identidad del ser y del no ser en el venir á ser, y por consecuencia del bien y del mal, de la verdad y del error, absurdo muy parecido al del que pretendiera que para dar vida á un frondoso valle, sirven lo mismo el arroyo de envenenada corriente que las aguas puras de fuentes cristalinas; ni de los que niegan ya en disquisiciones científicas, ya en la práctica, las reglas fundamentales del arte, inventando un mal llamado buen gusto que á veces sorprende por la monstruosidad de sus manifestaciones. Buena cuenta dió de los primeros hace más de veinte años en Francia el ilustre Gratry, cuando derribó por su base, que es de barro, el gigantesco cuanto atrevido edificio de las concepciones hegelianas. Cuanto al arte sin arte, que desgraciadamente tiene apóstoles en la prensa, poetas en los teatros y maestros en las cátedras, aunque esto, á primera vista, parezca absurdo, parecen tan inútil predicar contra él, como inútil pareció al Capellán que por orden del Arzobispo fué á sacar del manicomio de Sevilla al graduado en cánones por Osuna, de que habla Cervántes en el *Quijote*, persuadirle de que no era Neptuno, y que, por lo tanto, nada podía contra el airado Júpiter que amenazaba con no llover en tres años enteros, si se cometía el desaguisado de sacar de la jaula por cuerdo al que evidentemente estaba sin juicio. En breve no será esto inútil, si como ha comenzado á suceder empiezan los cuerdos á canonizar á los locos, ya aplaudiendo sus producciones, ya colocándolos en preeminentes puestos, ya elevándolos al honor de encumbradas dignidades, lo cual, dicho sea de paso, amenaza dar al traste con la seriedad de corporaciones que han sabido conservarse respetables en medio de tantos y tantos envilecimientos, como si el muro de gloriosas tradiciones que las circunda fuera poderoso á rechazar los males que cual torrente devastador lo han invadido desdichadamente todo, sin respetar ni aun lo más digno de respeto.

En realidad, para que este siglo fuese el siglo de la crítica, como pretenden sus ciegos admiradores, sería preciso en primer término que las condiciones de la vida en las grandes

poblaciones en que están malamente establecidos los centros de enseñanza, á nuestro modo de ver, permitieran á los alumnos sacar todo el fruto posible de las lecciones de sus maestros, y en segundo lugar que el plan general de la educacion científica que se da á las jóvenes generaciones dejase á los entendimientos, al llegar estos al término de los estudios universitarios, en situacion de poder juzgar, con las posibles seguridades de acierto, de lo verdadero ó de lo falso, de lo bueno ó de lo malo, de lo bello ó de lo monstruoso de las producciones del espíritu humano. ¿Pero sucede esto en los tiempos corrientes? El sistema general de enseñanza implantado en Europa hace no pocos años, hace que el jóven cuando sale de los centros oficiales de enseñanza, se encuentra en la casi totalidad de los casos con un caudal de conocimientos tan anárquico, con una série de principios tan contradictorios, que necesita largos años de serias meditaciones para desenredar semejante madeja. ¡Y cuán pocos son los que se toman este trabajo! Téngase en cuenta por otra parte que como es evidente, no nos referimos ahora á la muchedumbre de escolares, que de tales tienen sólo el nombre, que asisten sólo á las aulas en vísperas de los exámenes, repartiendo el resto del curso entre los cafés, los teatros y los centros de diversion y de recreo que por desgracia tanto abundan en las grandes ciudades. ¿Cómo es posible que entendimientos así educados sepan distinguir la verdadera de la falsa ciencia, las joyas del ingenio y del arte de las monstruosidades que, en castigo sin duda de nuestros pecados, tanto y tanto abundan? Por todo esto quizás, mejor que siglo de la crítica llamaríamos nosotros á la época presente época de las grandes aberraciones y de los múltiples desatinos. ¿Quién duda sinó de que es desvario superlativo el de estas sociedades que lo mismo se entusiasman ante un Balme que ante un Sanz del Rio, que quisieran levantar estátuas á Platon y Aristóteles al lado de Fichte y Krausse, que con unas mismas manos aplauden á Tamayo y á Ayala, que á la caterva de autorcillos chanflones que abastecen de mamarrachos el teatro?

No se nos podrá tachar de sobrado pesimistas si decimos,

respecto de los que ejercen el sacerdocio de la crítica, como ahora se dice, que sus trabajos están naturalmente á la altura de la época. Eruditos á la violeta, presumidos y fastidiosos hasta no más los unos, pasan noches de claro en claro, y dias de turbio en turbio en escribir interminables sentencias contra simples erratas de imprenta, trayendo á la discusión, vengan ó no vengan á cuento, más textos y autoridades que soldados llevó Gerjes á la conquista de Grecia; que peregrinos levantó Pedro el Ermitaño para la conquista de Jerusalem; mientras, como generalmente sucede, dejan pasar, sin sombra alguna de correctivo, gravísimos errores de doctrina. Sin instrucción científica ni literaria otros, cuyos conocimientos no traspasan los límites de lo que se aprende en la mesa de un café discutiendo á la luz del sol y entre las sombras de la noche, al declinar la tarde y al apuntar en Oriente el nuevo dia, sobre todo lo discutible, y aún sobre lo que está fuera de los alcances de la humana inteligencia, son capaces de afirmar, si son güelfos, que Dante no fué poeta porque fué gibelino, y si han sentado plaza de filosofastros que los grandes pensadores, lo mismo de la antigüedad pagana que de la cristiana fueron unos simples charlatanes, porque no pensaron como Giner y Sanz del Rio. Hay además otra clase de críticos, la más numerosa por cierto, que mide casi siempre los grados de bondad de una obra por los grados de la amistad que le une á su autor. A estos es debido, en no pocos casos, que se encuentren en librerías escojidas obras que debieran arder en un rimero, como el que el Cura y Maese Nicolás hicieron con la mayor parte de los volúmenes de Don Quijote. Presentan tambien á veces al público autores que, para bien de las ciencias, de la literatura y de las artes, debieran permanecer ocultos en el tranquilo retiro del hogar doméstico. Adviértase ahora que no entendemos deber hablar en este momento de ciertas sociedades de elogios mútuos que por desgracia existen en España como en todo el mundo civilizado, y contra las cuales en vano esgrimió Moratin el agudo ariste de sus amargas censuras.

Por lo que hemos dicho más arriba se vé claramente que

todos los actos de la crítica se reducen á verdaderos juicios, pues en ellos se afirma ó se niega una cosa de otra, como, por ejemplo, cuando se dán por auténticos antiguos documentos, cuando se determina que unos manuscritos son completos y que otros no lo son, cuando en una misma obra se distingue lo verdadero de lo falso. Conviene así recordar que Santo Tomás enseña con admirable precision y claridad cuáles son las dotes que debe tener un juicio para ser recto, y que dice lo siguiente:—«En tanto es lícito un juicio en cuanto es acto de justicia. Ahora bien, para que un juicio sea acto de justicia se requieren tres cosas: Primera, que proceda de amor á la justicia; segunda, que proceda de autoridad legítimamente constituida, y tercera, que se amolde á lo que aconseja la prudencia. Si falta una de estas tres dotes, el juicio será vicioso ó ilícito; si falta la justicia, será injusto y perverso; si falta la autoridad, será usurpado; si falta la seguridad de la razón, como cuando se juzga de cosas dudosas ú ocultas por meras conjeturas, será sospechoso ó temerario(1).»—¿Cuántos de los críticos modernos inspiran únicamente sus juicios en el amor de la verdad y de la justicia? ¿Cuántos tienen la autoridad necesaria para asumir las prerogativas de tan elevada magistratura? ¿Cuántos proceden siempre con la debida prudencia? Y por otra parte, si es innegable que vivimos al vapor, segun frase usual, y la precipitacion en los juicios es, en la mayoría de los casos, un mal casi inevitable; si en pocas épocas, como en la presente, se ha dejado más libre vuelo á la imaginación, ¿cómo se atreven los ciegos admiradores de este siglo á decir, á repetir y á sostener que este siglo es un siglo eminentemente filosófico, el siglo de la crítica? Ciertamente que antes del siglo xvi la crítica era desconocida como ciencia especulativa, es decir, tal como ha sido cultivada de un modo especial en estos últimos siglos; pero, ¿por ventura impidió esto que los grandes pensadores de la época antigua y de la media se ocuparan prácticamente en discernir lo verdadero de lo falso? Los Santos Padres no hablaban una palabra de la crítica, y

---

(1) 2 2 p., c. 40, art. 2.º

eran, no obstante. óptimos críticos, porque amaban ardientemente la verdad, detestaban la mentira y huían con todo su corazón y su entendimiento de la falsedad.

Conste que á nosotros no nos asusta la crítica, ni como ciencia especulativa, ni como ciencia práctica, cuando ejercita su elevada magistratura movida por el amor de la verdad y de la justicia. En este punto estamos completamente de acuerdo con el P. Gratry cuando dijo:—«Ha llegado la hora de que se salga de ese oscurecimiento de la razón, de esa relajación del pensamiento, de ese sueño de la atención que parecen ser hábitos de este siglo. Venga enhorabuena la crítica y adquiera popularidad y entre á formar parte de la pública educación (1).»—Y con el Dr. Frichte cuando afirmó:—«Nadie puede tener más interés que nosotros en que la crítica se difunda y sea lo que debe ser. Seguros en lo fundamental de nuestras creencias, poco nos puede importar perder una parte de lo accidental, si tenemos la seguridad de conservar siempre lo esencial. En este punto no me explico el temor que manifiestan algunos espíritus á la vista de los progresos que el espíritu crítico hace entre la juventud. Si procede de amor á la verdad, traerá á nuestro lado al mayor número; si procede por odio á la verdad, sus armas se romperán al querer clavarse en el escudo invencible que protege constantemente á la verdad contra toda suerte de ataques, vengan de quién vinieren y de donde vinieren (2).»—

Necesario es reconocer, para terminar, que el reinado de las preocupaciones es ménos extenso que fué en otros tiempos y que son actualmente menos los que estudian con el manifiesto propósito de combatir la verdad, como sucedía durante la segunda mitad del pasado siglo, por ejemplo.

DAMIAN ISERN.

---

(1) *Les sophistes et la critique*, t. L., I., c. I.

(2) *Der Sophist*, p. 132.

## CHARLATANISMO.

---

«Malo anda el mundo: cosa es esa en que no cabe duda; pero si anda mal, poseemos para su curación remedios infalibles.» Así dicen los charlatanes, asegurando al mismo tiempo que para lograrla, era preciso, ante todo, olvidar *los cachivaches de antaño*, rechazar cuanto se había hecho, creado y creído, y después entregarnos en sus manos, de donde habían de surgir raudales de felicidad.

Es un axioma que á los pájaros se les caza con liga, á las moscas con miel, á los hombres con palabras.

Pareciónos bien lo que se nos decía y mofándonos de las aprendidas enseñanzas, dimos un puntapié á la historia y á la tradición y á la ciencia, producto del trabajo secular de nuestros padres y nos quedamos *tamquam tabula rasa* á disposición de hombres todo atrevimiento y vanidad, que nos pusieron como estamos: como chupa de dómine, que por donde se toca, mancha.

Oid á los políticos: «derribad vuestras antiguas leyes, vuestros venerandos fueros, vuestras añejas Córtes, vuestra Monarquía democrática. Nosotros, que todo lo sabemos y en Francia é Inglaterra hemos aprendido á gobernar el mundo, os daremos Constituciones *á priori*, que como la librea á los lacayos de quiero y no puedo, vienen bien á todos los pueblos, cualesquiera que sean su historia, sus costumbres, sus leyes fundamentales y sus destinos. Con ellas el Rey tendrá cortapisas, sin embarazarle su acción benéfica: no habrá privilegios ni se pagarán más contribuciones que las que queramos conceder al Gobierno. Todos los poderes en equilibrio, todas las fuerzas del organismo político separadas, contrapesándose unas

á otras. Veréis agricultura sin gabelas, industria sin trabas, comercio sin restricciones, administración sin tiranía, justicia independiente, ejército subordinado, pueblo pacífico y rico, y al ciudadano esclavo tan sólo de la ley. Una nueva edad de oro empieza: *recedant vétera.*»

Muchos se tragarón el anzuelo, y como si el formar una Constitución no fuera, dadas la población, las costumbres, la religión, la situación geográfica, las relaciones políticas, las riquezas, las buenas y malas cualidades de una Nación determinada, hallar las leyes que le convienen (1), que de tal manera deben ser propias y conformes á las costumbres del pueblo para el que están hechas, que es una gran casualidad, que las de una Nación puedan convenir á otra (2); recibieron con vivas y plácemes el mando de los regeneradores, y el resultado, amigos míos, es el que todos palpamos: cuanto más me la peino más me la enredo. Puro charlatanismo político.

A ejemplo de lo que en política había sucedido se alzaron por todas partes falanges de economistas secretistas y arbitristas, que quisieron arreglarlo todo, curarlo todo, mejorarlo todo, perfeccionarlo todo en veinticuatro horas.

«La Nación ha tenido gastos indecibles y crecen sus apuros de hora en hora: ¿qué entendían de Hacienda los antiguos? Entregadme todos los bienes de las manos muertas y en pocos días se cambiará el estado del país. Las deudas, pagadas; la riqueza pública, aumentada por la circulación de esa masa inmensa de propiedades; las contribuciones, homeopáticas, porque estas propiedades exentas pagarán también; los pobres, favorecidos, porque entre ellos se repartirán las fincas, y ya veréis, con estas medidas económicas, cómo España se convierte en Jáuja, los desiertos de Castilla en hormiguero de pueblos y todo español tendrá el derecho imprescriptible de llevar en el bolsillo una *In utroque felix*; ó sean tres centenes y un duro; ni un ochavo menos.»

Corriente, señores economistas; tomen ustedes los bienes

(1) Maistre. *Considerations sur la France.*

(2) Montesquieu, *Esprit des lois.*

de tirios y troyanos, de frailes y de monjas, de seculares y de regulares, y de propios, y de beneficencia y de hospitales.

Resultado: que de deudas, sólo tenemos unos 20 ó 30.000 millones arreglados, amen de varios piquillos cuyo importe no es calculable; las contribuciones triplicadas y los pobres muriéndose de hambre: colonos como ántes, pero estrujados y oprimidos por los ricos de ayer.

Todo era charlatanismo económico.

¿Para qué os sirven las necedades y antiguallas que aprendíais y el plan de la ominosa década? Nosotros os pondremos al nivel de los adelantos del siglo: en un niño reuniremos conocimientos universales. A los pocos años sabrá latin, francés, inglés, griego, filosofía, historia, geografía, química, moral, religión, administración, agricultura, leyes, todo cuanto hay que saber. Veinte lecciones de lo uno por la mañana y veinte de lo otro por la tarde, del mes de Enero: cuarenta de lo de más acá en Febrero y Marzo: diez en Abril de lo de más allá, y en un año tendréis unos pozos de ciencia en cada mozalvete de quince abriles. Estamos en el siglo de las luces y del vapor, la juventud generosa no necesita estudios, sino inspiración, de ella es el porvenir: *en avant.*»

Y en efecto, púsose en planta todo esto.

Resultado innegable: que tenemos eruditos á la violeta; sábios que hablan de todo, pero que no tienen más profundidad que la línea geométrica: un baño general, pero no les meta usted en honduras porque se atascan: cálanse el bonete cuando habían de encaperuzarse la chichonera.

Y mirándose la ciencia bajo este prisma, se convino *nemine discrepante*, en que era trasto inútil y que para ser sabios sólo se necesitaba hablar con más énfasis que su comprofesor. La guerra fué de quién lo aparentaría más y á quién se entendería menos.

En fin, charlatanismo científico.

Y en efecto, no se descuidaron. Los abogados diéronse á inventar diariamente sistemas nuevos, tribunales desconocidos, y sobre todo, códigos perfeccionados: por supuesto, siempre el último mejor que el que existía, sin acordarse de que

las leyes tienen una relación necesaria y fatal con las costumbres y las ideas de la Nación: que el desarrollo del derecho, del gobierno y de las costumbres es necesario y fatal, como el de la Nación misma: que el derecho de hoy no es diferente del derecho de ayer, sino el fruto germinado por el derecho que le precede, y que el legislador que abusa de la libertad de legislar, aniquila su poder y desaparece con sus leyes (1).

Resultado: que después de tantos años, la legislación es doblemente oscura, intrincada y confusa; laberinto en que no hay Dédalo que salga; máquina de guerra contra las fortunas de los litigantes, como decía cierto Ministro de Gracia y Justicia (2).

El charlatanismo legal llegó á su apogeo.

¿Y la medicina? Abandonada la ciencia experimental y racional imagináronse á centenares los sistemas. Quién curaba con agua, quién con solo comer uvas; otros con el vino, otro con las cerezas, otros dando medicamentos á puñados, otros suministrándolos como cabezas de alfiler; unos con sangría sola, otros sólo con purgas, otros con vomitivos exclusivamente y todos se deshacían en cánticos de alabanzas y en ponderaciones de remedio soberano, del sistema infalible, de la panacea universal. Y los enfermos, ansiosos de salud y bastante crédulos para confiarse á cualquiera que se la ofrecía, abandonaban al estudioso y experimentado, y seducido por tanto pomposo anuncio y tan seguros ofrecimientos, moría de Médico las más veces, sin que por eso se desengañara el mundo del charlatanismo curativo.

¿Pues y los Boticarios? ¿Y los expendedores é inventores de remedios? ¡Dios santo, si los creyéramos!

Las pildoras de no sé quién, son el invento más grandioso que el hombre haya imaginado. Colon descubrió un nuevo mundo, pero Colon hubiera besado la suela del zapato del pil-

(1) Eduardo Laboulaye. *Historia del derecho de propiedad en Europa.*

(2) El Marqués de Gerona.

dorista. América, Asia, Africa, Europa y la Oceanía se posttran á sus piés; la humanidad doliente le levantará estátuas en cada tras canton: por él, las enfermedades más terribles se convierten en despreciables bicocas. Y sigue una lista espantosa de enfermedades que se curan con las píldoras.

¿Y el bálsamo de si se cuándo? ¡Virgen Santa! Tomado interiormente, si teneis una pierna cortada en redondo, no hay que temer; él por sí sólo, sin necesidad de nadie, ni de nada, curará aquella solucion de continuidad. Ni el bálsamo de Fierabrás.

«No más calvas dice el uno.» «Cuarenta mil reales al que pruebe que el agua de Wolf no hace salir el pelo;» dice el otro, y han tenido que declararse las calvas en moda, porque apenas hay persona de treinta años que no tenga más entradas que salidas la plaza de toros, y más escueta de pelambre la mollera, que de pinos los montes de Balsain.

Hay remedios seguros é infalibles para todo hasta para la tisis en tercer grado. Nos inundan las píldoras, las aguas, los elixires, los jarabes.

El charlatanismo farmacéutico, uno de los más extendidos, llegó á su apogeo.

Nada hay que decir de los industriales. Mirad los anuncios y apretad la moneda en el bolsillo, porque de lo contrario ella misma se irá al mostrador.

»Desbarate de siete librerías por una semana. ¡Maravilla de las maravillas! ¡*Non plus ultra!* Libros de balde! Telas por la cuarta parte del precio. Cubiertos de plata de ley á cuatro reales par! Pañuelos de legitimo pita á dos reales. Zarazas finísimas de primera calidad á perro chico el metro y véase la clase!»

Y esto, el uno porque quiere realizar y retirarse del comercio; el otro, porque está apurado; el de más allá, porque le obligan á dejar la casa; el cuarto porque naufragó salvándose tan sólo algunos géneros, y todos, porque anunciando gangas, exagerando, haciéndose charlatanes del comercio, encuentran siempre inocentes que los crean y vacien la bolsa; inocentes que no acuden casa del comerciante probo y honra-

do que llama las cosas por su nombre y pide los precios según su verdadero valor y calidad.

¿Qué hay, pues, que esperar? Desde el momento en que la modestia, la desconfianza en las propias luces, la parquedad en los elogios perjudican, y quien más alaba sus obras vende más, é impunemente se engaña un día y otro día al público; existe un foco de corrupción que invade lentamente al cuerpo social, matando toda idea levantada, todo sentimiento generoso.

El interés, el sórdido interés, domina como dueño y todo se permite con tal que produzca dinero.

Quiere ganarse, no trabajando, sino mintiendo.

Se especula con la buena fé, con la candidez, con la tontería.

Se explotan las pasiones y los afectos y las desgracias.

El sentido moral se debilita y se convierte el mundo en vasto mercado de donde han desaparecido la honradez y el decoro.

La mitad de los hombres engañadores; la otra mitad engañados: verdugos y víctimas.

La ciencia y la verdad, modestas de suyo, se ocultan avergonzadas y en todas las esferas reina orgulloso el impudente charlatanismo.

LEON GALINDO DE VERA.

(De la Real Academia Española.)

## HORACIO.

---

ODA DÉCIMA SEGUNDA.

A A U G U S T O .

¿A qué varon ó semi-dios tu lira  
 ó tu sonora flauta, heróica Clio,  
 pretende celebrar? Su fama y nombre  
 prolonga con aplauso el eco sordo  
 por las umbrosas selvas de Helicon,  
 por el Hemo glacial ó por el Pindo,  
 donde á la voz de Orfeo se movieron  
 siguiéndole las selvas; y por arte  
 maternal sus corrientes suspendían  
 rápidas ondas y veloces vientos,  
 atrayendo los sonos armoniosos  
 de tu lira á los robles encantados.

¿Por dónde he de empezar? Cantaré á Jove  
 que dirige á los hombres y á los Dioses.  
 Él gobierna la mar, la inmensa tierra,  
 las estaciones, las fugaces horas:  
 nada se engendra superior al mismo,  
 nada igual ó mayor; mas Palas debe  
 trás él gozar los próximos honores:  
 ni á Baco audaz en gigantesca pugna,  
 ni á tí, enemigo de las fieras bravas,  
 ni á Febo hiriendo con certeros dardos,  
 dejaré de cantar: tambien á Alcides  
 y á los hijos de Leda: el uno insigne  
 en la palestra, en la carrera el otro:  
 cuando luce ante el nauta su alba estrella,  
 cálmase el agua y se dilata mansa

en el punzante seno de las rocas:  
 tiéndese el viento al ahuyentar las nubes,  
 y calmadas las olas que amenazan  
 recuéstanse en la mar por su mandato.

¿He de cantar á Rómulo Quirino  
 ó el pacífico reino del buen Numa,  
 ó de Tarquino las soberbias haces  
 ó del sábio Catón la heroica muerte?

¿Diré tambien á Régulo y Escáuro,  
 al bravo Emilio, de esforzado pecho,  
 que quiso más morir que ver la rota  
 de la romana gente por Aníbal?

De vosotros tambien cantará hazañas  
 la Musa del poeta agradecida:

á Fabricio, á Camilo, á Curio el toscó,  
 de corta herencia y de modesto fundo,  
 tambien os cantaré, que la pobreza  
 os educó valientes en las lides.

Como el árbol que crece ocultamente  
 así crece la fama de Marcelo;  
 como la luna cuyo fuego apaga  
 la blanca luz de los pequeños astros,  
 así brilla la estrella de los Julios,  
 así domina á todos con la fama.

¡Padre y guardian de la romana gente,  
 nacido de Saturno! á tí la gloria  
 dieron los hados de guardar á César:  
 reinarás siendo César tu segundo:  
 ó bien al Parto que amenaza á Roma  
 á su carro triunfal conduzca atado,  
 ó al Sérico y al Indio, habitantes  
 postreros del Oriente, á tí sumiso  
 por él tus leyes regirán el mundo:  
 tu carro rodará sobre el Olimpo,  
 lanzando al bosque impuro sus centellas.

EL DUQUE DE VILLAHERMOSA.

## SECCION BIBLIOGRAFICA.

## ACERCA DE LAS OBRAS DEL MARQUES DE MOLINS.

## I.

Aún está sin escribir la historia literaria de España en el siglo XIX, ni ha de atribuirse tal falta solamente á nuestro abandono, sino á la misma complejidad del asunto, en que es difícil hallar punto de mira, ni trazar adecuadas divisiones. Hay, sin embargo, un período que fácilmente se separa de los demás, y puede darse por de todo punto cerrado y concluso. Antes de él la escuela literaria dominante es mera prolongación de la del siglo XVIII, llegada á su perfecta madurez. Después de él, la anarquía y el individualismo quedan señores del campo, se inicia alguna cosa que aún no hemos visto terminada, apuntan muchas tendencias y apenas llega á granazón ninguna, imítanse alternativamente modelos contrapuestos ó no se imita á nadie; y donde quiera lo particular y autónomo se sobrepone á lo genérico. Quizá convenga así, y yo por mi parte no lo lamento. Entre estos dos mundos, el uno de servidumbre académica, y el otro de behetría desmandada, epílogo el uno de una historia pretérita, y prólogo el segundo de otra historia que aún está entre los futuros contingentes: en una palabra, entre el mundo de Quintana, de Lista y de Gallego. y el mundo de que somos parte cuantos hoy más ó ménos torpemente movemos la pluma, se dilata otra region poética, en que imperaron modos y formas de arte, y aún cierta especie de teoría, que á los hijos del siglo XVIII parecieron de estirpe revolucionaria, y que luego en cotejo con otras licencias más radicales, casi hemos venido á tener por motin escolar ó de *intra claustra*. El período en que domina esta escuela, que

de una manera ó de otra dejó sembrados los gérmenes de la independencia literaria, de que hoy más razonadamente y más por sistema gozamos, se conoce en todas las literaturas de Europa con el nombre de *romanticismo*. En unas influye más que en otras, y toma en cada país color local diverso, pero sus tendencias y su espíritu son en todas partes los mismos, y en todas ha acabado ya de recorrer su ciclo, ha agotado su fuerza productiva, ha desarrollado todo lo que en germen contenía; y por tanto es ya hora de llamarle á residencia y á juicio, así en su práctica como en sus dogmas, en esa poética, ya escrita, ya latente pero siempre real, que toda escuela literaria comienza por formar más ó ménos razonada ó empíricamente.

Vive entre nosotros un escritor, que por raro privilegio de la suerte ha alcanzado ser contemporáneo de las tres generaciones literarias antedichas, y lleva camino de ser cronista autorizadísimo de las dos primeras. Porque no sólo convivió materialmente con ellas, y no solo las vió de cerca, admitido, desde niño, en la intimidad y familiar trato de los más lozanos ingenios de una y otra, sino que fué parte activa y militante de ellas, como lo es hoy de la novísima grey literaria, con no ménos brios y gallarda juventud de espíritu que la que muestran otros que entónces y muchos años despues sólo tenían existencia en la mente del Supremo Hacedor.

Esta longevidad de alma, tan rara y tan apetecible, mucho más rara que la longevidad física, hace que la memoria del Marqués de Molins sea un verdadero archivo de casos y cosas de la literatura española de este siglo, de tal modo, que si él se determinara á escribir sus memorias, habian de ser éstas el más metódico, discreto y copioso inventario de cuantos versos y prosas dignos de memoria han salido, no diremos de la pluma, porque muchos de ellos no se escribieron, sino de la mente de los más singulares ingenios que han pasado por esta tierra en lo que va de siglo. El Marqués de Molins los conoció á todos, de todos fué amigo, ó discípulo ó condiscípulo, ó protector ó compañero; recuerda todos sus dichos, lo que pensaron, lo que improvisaron, y sabe, cuando quiere, hacerlos revivir

á nuestros ojos con la palabra ó con la pluma, de tal modo que el trasunto se confunde con la realidad viva. Viene por tal manera el Marqués de Molins á ser entre nosotros un testigo fiel de costumbres literarias ya pasadas, sin dejar de ser un contemporáneo nuestro, en la más genuina acepción del vocablo.

Pero acontece otra cosa más singular. Como el Marqués de Molins no es sólo narrador y crítico, sino poeta y artista, y entre sus más señaladas dotes quizá se sobrepone á todas la fácil aptitud para géneros diversos y el prudente eclecticismo manifiesto en la variedad de tonos y asuntos, y en el cuidado de huir todo lo redundante y extremado, son sus mismas obras poéticas, cuando se leen coleccionadas, espejo fiel de las transformaciones y mudanzas de atavío, que ha ido tomando la musa española desde el año 30 acá, sin que haya género de que el marqués no dé alguna muestra, ó afición literaria de su tiempo, á que haya dejado de pagar su alcabala, como espíritu curioso que es, nada exclusivo ni intolerante, benévolo por naturaleza, y atento á todas las modificaciones del gusto para seguir las en lo que tienen de racional, y en lo que congenian con su propia índole.

De ahí el interés que para nosotros ofrece la colección que de sus obras está publicando el Marqués de Molins: interés no sólo estético, sino también histórico: interés en que ciertamente no pensaba el autor, pero que las obras han ido tomando por sí mismas, al eslabonarse cronológicamente. Aún no está terminada la série: sólo tres volúmenes van impresos, pero como la mayor parte de los escritos que han de figurar en los tres siguientes, nos son ya conocidos, quizá no parezca temerario aventurar, no un juicio que sería de todo punto superfluo, si había de reducirse, como forzosamente debería suceder, á parafrasear lo que el gran Donoso escribió acerca de *Doña María de Molina*, ó lo que Hartszenbusch, con su aguda y elegante rapidez, juzgó de las poesías líricas, ó finalmente, lo que á la cabeza de los opúsculos en prosa ha escrito, con su genial pulcritud y templada y suave elegancia, el segundo duque de Rivas; sino algunas consideraciones que

muestren cómo el Marqués de Molins ha participado, y en qué medida, de las vicisitudes de la literatura española durante más de medio siglo.

Y ante todo, el Marqués de Molins, educado por Lista en el colegio de San Mateo, comenzó por ser lo que entonces se llamaba con más ó ménos propiedad poeta clásico, recibiendo de una parte las tradiciones de la escuela sevillana por medio de su dulce y venerado maestro, é inclinándose por otra parte al tono grandilocuente, y robusto de los últimos y más gloriosos salmantinos, Quintana y Gallego. El que escribió en 1831 la oda *á la Reina María Cristina en ocasion de la entrega de banderas* y la oda al entónces Conde-Duque de Luna, y hoy Duque de Villahermosa, merecía ser contado á toda ley entre los más fieles hijos ó nietos de la poesía culta y entonada de los últimos años del siglo XVIII, de cuyo estilo y dialecto poético ha conservado siempre dejos muy visibles, hasta en sus composiciones más románticas, áun en las fantasías, romances y leyendas. De aquí en el Marqués cierta declarada predilección por las voces llamadas *generosas* y nobles, y un instintivo alejamiento de lo que le parece rastrero y prosáico, y que él sustituye con rodeos, perífrasis y eufemismos. Así en un romance, por otra parte bellissimo, *El nacimiento de Enrique IV*, vemos que aquel herejote de Rey de Navarra, padre del bearnés, frotó los lábios de este, recién nacido,

Con la cáustica semilla,  
Cuyo hedor y nombres viles,  
A la gente cortesana  
Escandaliza y aflige,  
Y cuyo vigor y gusto  
Ama el pueblo.....

Los antiguos, que eran tan amigos de llamar las cosas por su nombre, hubieran dado á la *cáustica semilla* el suyo verdadero, sin temor de que se afligiese ni escandalizase la gente cortesana, no de otro modo que el Padre Horacio dedicó una

oda entera al *ajo*. Pero no se trae esto aquí como censura del Marqués de Molins, ya que lo mismo hubieran hecho, en caso análogo, Quintana, ó Gallego, ó Lista, ó Reinoso, sino como rasgo de escuela y uno de los que más distintamente separan lo que nuestros abuelos llamaban clasicismo, del clasicismo legítimo y verdadero, y aún del neo-paganismo que en nuestros tiempos aspira, y no sin fruto ni gloria, sobre todo en Italia y en Alemania, á renovarle. Y así como hoy ningun traductor de Homero piensa en traducir otra cosa que *asno*, cuando el original escribe *onos*, en vez de perifrasear como Bitaubé, y decir «ese animal doméstico tan injuriado por nuestros desdenes.» así los *rojos pimientos y ajos duros* han vuelto á ser materia digna de la poesía, cuando hay quien acierta á ponerlos donde Quevedo los puso.

Toda cualidad poética lleva su defecto correlativo é inseparable, y así la nobleza de los asuntos, la perpétua solemnidad del estilo, la entonación igual y tirante que admiramos en Quintana y en Gallego, anda á dos pasos del énfasis pomposo y del estridente formalismo, en que por pendiente fatal habia de caer aquella escuela, una vez agotada la virtud que le infundieron los maestros, virtud que no era otra que la sinceridad de la inspiración lírica, bastante á llenar la amplia estancia con otra cosa que con palabras huecas.

Por eso se sentia necesidad de renovación en la atmósfera literaria del año 30, y como el Marqués de Molins entraba con alientos de jóven en la arena literaria, no podia permanecer encadenado á la escuela que se iba, aunque tomase de ella y no perdiese nunca el buen gusto y el primor de ejecución, de que en ningun sistema literario puede prescindir el poeta.

Materia es larga é imposible de reducir aquí á términos concisos la historia de los primeros pasos del romanticismo español, en el cual siempre importará distinguir el fondo nacional é indígena, y la superficie que fué casi siempre francesa, alguna vez, y por excepción, inglesa ó alemana. No podia suceder otra cosa cuando lo que entre nosotros se anunciaba como nuevo y sonaba como grito de independencia literaria, corria ya triunfante por las literaturas del Norte

treinta años hacia, y acababa de obtener, tras disputadísima lid, la victoria en Francia. Ni por nuestra situación en Europa, ni por las analogías de raza y lengua, ni por el hábito que en toda una centuria habíamos tenido de modelarnos por el ejemplo de París, era natural ni posible que fuesen los ingleses ni los alemanes nuestros modelos directos. Habían de serlo necesariamente los franceses. De aquí que el romanticismo penetrara entre nosotros, ya en su último grado de evolución, y mucho más á título de motín que de doctrina estética. ¡Para estéticas andábamos los españoles en aquellos años! Así es que las sutiles discusiones con que renovó la dramaturgia Lessing, ó los elocuentes ditirambos de Guillermo Schlegel, ó las intuiciones sublimes con que explicó Schiller la teoría de las pasiones dramáticas, ó aquella poética de Goethe, tan alta, tan complicada y tan serena, fueron aquí, si no enteramente ignoradas, casi de todo punto desatendidas, lo cual, tratándose de un arte tan reflexivo como el arte alemán, casi implicaba el que se desatendiesen asimismo los ejemplos, allí tan estrechamente enlazados con las teorías.

Con Inglaterra tuvimos más contacto, merced al grupo de emigrados que volvieron de allí en 1833; pero fuerza es decir que por razones diversas este influjo trascendió poco. La memorable traducción del *Macbeth*, de Villalta, arrojadísimo ensayo para hacer gustar á un público como el nuestro, á Shakespeare entero, con toda su nativa y sublime rudeza, no fué ni entendida ni escuchada siquiera con paciencia. De las novelas que en gran número se escribieron imitando á Walter-Scott, ninguna pasó de mediana, comenzando por las del santanderino Trueba y Cosío, y acabando por las que llevan los nombres ilustres de Larra y Espronceda. Un sólo imitador tuvo Byron, y éste grandísimo y de especie soberana; pero no tanto en lo que imitó y tradujo á la letra como en lo original y propio.

Dominó, pues, el romanticismo francés, pero si el nuestro se hubiera limitado á trocar modelos por modelos, á leer *Hernani* en vez de *Atalia*, ó el prefacio del *Cromwell* en lugar de la *poética* de Boileau, no merecería ciertamente que hicié-

ramos datar de él la gloriosa restauración de nuestras letras. Lo que hubo de grande, de vividero y de fecundo en aquella restauración, fué (aparte del grito de independencia literaria, laudable siempre, aunque la fórmula no fuese muy completa ni muy científica) el renacimiento del espíritu genuinamente español, que pasando por lógicas transformaciones, había inspirado en la Edad Media los *cantares de gesta*, en la aurora del Renacimiento los romances, y en la alborada del siglo XVII, como última y más galana flor, el teatro.

Renacieron, pues, por impulso de aquella generación literaria de inolvidable recuerdo, el teatro español y los romances; y vino á personificar en sí esta nueva vida de géneros que parecían muertos y enterrados, el más español de los poetas españoles, desde Calderon acá, y el que á nadie, fuera de Lope, cedió la palma en condiciones descriptivas, ni en fácil y no represada abundancia, que brota como de manantial in-exhausto: finalmente, el gran Duque de Rivas.

En sus manos volvió el romance á su antiguo cauce épico y popular, abandonando el cauce lírico y subjetivo que hacia doscientos años venía siguiendo: tornó á ser, como en los antiguos días, eco del sentir de las muchedumbres y fragmento de canto épico, y aún se dilató alguna vez hasta verdadera epopeya. Y no sólo hizo propia suya el egrégio Duque la antigua forma dramática española, sino que la amplió é hizo más comprensiva, acercándose por intuición poética mucho más que por reflexion y estudio, á la vasta, móvil y animada concepción shakesperiana, que se detiene con igual amor en lo accidental y episódico, que en lo que parece principal asunto, aclarando, definiendo y determinando lo uno por lo otro. Así nació *D. Alvaro* sin más lindes que los de la vida humana, ni más fronteras que las de la pasión y el destino.

De ésta manera de romanticismo, que (dejando aparte el grande y singular ejemplo últimamente citado) puede calificarse de *histórico, español, tradicional ó legendario*, participaron en grado eminente otros ingenios, entre los cuales uno de los primeros lugares, debe otorgarse sin género de duda al que dió al teatro *Doña María de Molina*, y enriqueció nuestras

colecciones líricas con los bellísimos romances ó más bien séries de ellos, que se titulan *Recuerdos de Salamanca*, *El nacimiento de Enrique IV*, *Isabel la Católica en Orihuela*, *La toma del hábito de Calatrava* y otros y otros, que deben leerse íntegros en la colección del Marqués de Molins, porque son de lo más gallardo y ameno que hay en nuestra literatura moderna.

Si no ostentan estos romances el vigoroso desenfado, y el nervio de expresión pintoresca, popular y gráfica de los del Duque, tampoco adolecen de sus caídas y prosaismos, frecuentes cuando el objeto no le inspira ó el calor le abandona. En el modo, algo sensualista, de hacer visibles á los ojos de la mente armas y trajes, cámaras y muebles, aseméjanse entrambos poetas, aún más que en la de describir los internos afectos, que son en el Duque sencillos, espontáneos, y, por decirlo así, á flor de piel, y en el Marqués traídos más de lejos y más artificiosos.

Y si ahora se pregunta cuáles son las ideas que animan estos romances del Marqués de Molins, lo mismo que su teatro y todo el resto de sus obras, fácil será definir las, diciendo que imperan en ellos el espíritu nacional, el sentimiento aristocrático y cierta manera de espíritu municipal ó de libertad antigua y de privilegio. De todo ello hay señaladas muestras en la poesía y en la prosa del Marqués de Molins.

(*Se continuará.*)

M. MENENDEZ PELAYO.

(*De la Real Academia Española.*)

## HOMENAGE DE NUESTROS ANTIGUOS POETAS

Á LA SABIDURÍA Y VIRTUDES

### DE SANTA TERESA DE JESÚS

(Continuación.)

Las fiestas celebradas en la villa de Madrid fueron espléndidas, á juzgar por el relato de Lope. Concurrieron á ellas con su ingenio varios poetas, algunos de afamados nombres; y no son para omitidos los de Diego de Villegas, Francisco Quintana, Juan de Quiroga, Francisco de Medrano, el Licenciado Juan Perez de Montalban, Fray Bernardo del Castillo, el doctor Mira de Amescua, D. Guillen de Castro, Francisco Lopez de Zárate, el juvenil conde del Basto, Calderon y Lope de Vega, cuyos rasgos de ingenio hemos señalado, y otros más. Todos dieron brillantez al homenaje ofrecido á las heróicas virtudes de aquellos séres, que, terminada su peregrinación por la tierra, arribaron al cielo, donde les esperaba la corona del triunfo, concedida á los que en aquella acrisolan su virtud. A la justa poética celebrada con igual motivo, acudieron tambien gran número de poetas, y algunos de los ya nombrados, y entre ellos un D. Juan Osorio y Cepeda, deudo de la Santa, á quien se rendian, á la vez que al popular cultivador de los campos de la villa de Madrid, San Isidro, honras tan cumplidas (1).

El inspirado cantor del misterio eucarístico en esos poe-

---

(1) Estas fiestas fueron tambien descritas por el madrileño Manuel Ponce, en el libro titulado *Fiestas que hizo Madrid á la canonización de*

mas sagrados que en él tuvieron el mejor intérprete, cuya musa cristiana le dió tan señalados triunfos en la escena, consagró, además del soneto referido á la mística poetisa, el siguiente romance que tituló *Descripción del Carmelo y alabanzas á Santa Teresa*:

En la apacible Samaria,  
Hácia donde el sol se pone,  
En túmulo de esmeraldas  
Yace un gigante de flores.

Verde Atlante de los cielos,  
Tanto á su beldad se opone,  
Que siendo cielo en la tierra,  
Parece en el cielo monte.

Cerrándole al viento el paso,  
Sube hasta la esfera, donde  
Pedazo del cielo fuera,  
A ser unas las colores.

Sin que el sol se albergue en ondas,  
Se le niega al horizonte,  
Y hace anochecer el día  
Cuando amanecer la noche.

Aqueste, pues, cuyas plantas,  
Aún en variedad conformes,  
Son cultura celestial  
De aquel jardinero noble;

De aquel venerable sol,  
Que en más luminoso coche,  
Por eclíptica del viento,  
Planeta de fuego corre;

---

*San Ignacio, San Francisco Javier, San Isidro de Madrid, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri.*

También existe otra relación de *Las suntuosas fiestas que la villa de Madrid celebró el 19 de Junio de 1622 en la canonización de San Isidro, San Ignacio, San Francisco Javier, San Felipe Neri, Presbítero florentino, y Santa Teresa de Jesús.*

De aquel que rigiendo rayos,  
 Quemó los vientos veloces,  
 Cuando abrasado el Carmelo,  
 Eclipse vió de dos soles;  
 Esta es la más eminente  
 Punta que en su luz se esconde,  
 Virgen rosa, planta bella,  
 Porque del sol se corone;  
 Casta azucena ó jazmin  
 Suave, cuyos olores  
 En viva aroma los cielos  
 Piadosamente recogen.  
 Santo Carmelo, tu planta  
 Es Teresa, porque logres  
 Su hermosura, sin que el viento  
 O la marchite ó la borre.

Adviértese en esta poesía del gran dramaturgo, ese estilo que le es peculiar, ese conceptismo á que le inclinaba el gusto de su época, y que, sin embargo, no aminora el mérito de sus producciones, porque nunca desmentian su elevacion y su ingenio. Aún más acentuada se encuentra esta circunstancia en el soneto del mismo Calderón, calificado de *artificioso* por Lope, y que dejamos copiado en anteriores líneas.

Otras poblaciones de España celebraron asimismo la canonizacion de Teresa de Jesús, con análogas fiestas. Existe una *Relación* de las que se hicieron en Salamanca con este motivo, impresa en la misma ciudad. Tambien en Sevilla se publicó el año 1622 otra *Relación de la canonización, nacimiento, vida, muerte y prodigiosas maravillas de Santa Teresa de Jesús, gloria de España, Madre y fundadora de la Santísima Recolectión de los Carmelitas*, agregando á este título la curiosa advertencia siguiente: «Refiérese un caso admirable, que le sucedió á Fernando del Trejo, caballero de esta ciudad de Sevilla, que luego hizo varias demostraciones de alegría, por cuya causa el Bétis ó rio Guadalquivir, juntando sus ninfas, las mandó cantasen loores de la Santa, á quien respondieron las de los mon-

tes vecinos á sus riberas.» Cuatro romances componen este rasgo poético de entusiasmo, ofrecido á la monja avileña por un devoto suyo.

España demostró una vez más, cuando mujer tan admirable se presentaba á su vista con el alto prestigio de la Santidad, y revistiendo de mayor esplendor los destellos de su ciencia, que ya sabia cómo se deben honrar al genio y á las virtudes.

### III.

En los tiempos en que más se entronizaba en el campo de las letras, dividiendo en dos bandos á sus cultivadores, el mal gusto que logró formar escuela bajo el nombre de *culta*, floreció un poeta excelente á quien no se puede menos de señalar dos caracteres opuestos y distintos. Llamábase D. Juan de Jáuregui y tuvo su cuna en la ciudad hispalense. En efecto, tanto fué este discreto cantor representante de los más felices de la genuina escuela poética sevillana, tan pura y esmerada en su lenguaje, como después el sobresaliente secuaz de los delirios de Góngora, tan extremados en sus parciales. Pero como no es aquí nuestro objeto el exámen de las cualidades del que ocupa tan merecido lugar en el Parnaso de nuestra patria, hemos de concretarnos á referirnos á las composiciones á él debidas y consagradas á enaltecer las virtudes de la santa, objeto de singular veneración en el siglo xvii. De notar es, por cierto, el número de poesías que le inspiraron sus excelencias. Seis de éstas, por lo menos, encontramos en la colección de las suyas. El imitador un tiempo del *divino* Herrera nos ofrece una canción, encaminada á aquel fin, cuyo asunto es altamente rústico y elevado: al desposorio de Cristo con aquella santa religiosa. Esta simbólica canción está dulce y tiernamente pintada por el poeta. Jesús, el Esposo amado, descende á esta baja esfera, y se aloja en un corazón humano, sencillo y puro, porque era á su grandeza, estrecho palacio las regiones celestiales. Celébrase el divino consorcio.

El sér cándido que ha entregado á Dios sus pensamientos y su alma, pone su diestra en las del Esposo celestial, y ya entonces

En Cristo el alma bella  
De Teresa reside y Cristo en ella.

¡Cuándo se romperán los hierros de la cárcel donde reside, y dando fin la muerte del cuerpo á aquella *larga vida* la sacará de los *claros destierros* para volar á las eternas moradas en donde el angélico coro entona lleno de júbilo el himno epitalámico!

Las almas se alegraban  
Del ancho empíreo en todos los confines:  
Con viva voz clamaban  
*Teresa de Jesús*, los serafines;  
Mas otros que lo oían,  
Y *Jesús de Teresa* repetían.

Para juzgar la tierna expresion de los pensamientos y la belleza de forma de esta produccion del vate andaluz, fuera preciso reproducirla íntegra. El cantor de *Annista* sobresalia no sólo en los profanos asuntos, sino en estos sagrados, y así lo prueban las composiciones que con señalada predilección dedicó á la Santa que tuvo tan justamente orgullosos á sus contemporáneos y á los que celebraron sus virtudes en los tiempos recientes á haber abandonado su espíritu este mundo. Así, pues, encerrando en un soneto un pensamiento feliz, nos presenta á este en forma de cándida paloma, de gallarda ave que deja la prision del cuerpo y tiende hácia la cumbre del Carmelo sus alas. Jáuregui, no satisfecho con esta ánsia de enaltecer la grandeza y el heroismo de la edificante monja, y en dos canciones á ella dedicadas, pinta con diestro pincel sus penitencias y oraciones, y aquel amor veheméntísimo que tanto la acercaba á su Dios, así como las luchas que tuvo que sostener hasta llegar á ofrecerse no vencida

Teresa en llanto amargo  
 Lamenta su camino triste y largo,  
 Que en destierro y ausencia tan penosa,  
 Le encubre la ribera venturosa,  
 Do espera ver los reinos deseados,  
 Cuya vista dichosa  
 Premie sus ojos, de llorar cansados

Otra vez más consagra Jáuregui los acentos de su lira á Teresa. Esta elije un asunto especial como el título que da á su composición lo indica. «*A la humildad maravillosa de Santa Teresa en sus revelaciones, que viendo al mismo Cristo no lo creía; antes, por el consejo de sus confesores, se santiguaba y le daba higas, como á visión del demonio.*» No es esta poesía, ciertamente, para ser leída con el espíritu que en general domina en nuestros tiempos. Fijémonos, pues, en el carácter de aquellos hoy ya distantes, y no pretendamos aminorar la fé y piedad sincera que se albergaba en los corazones españoles sin otra mira, ostentación inútil ó aspiración mundana, que la demostrar sin estudiada hipocresía la firmeza de las creencias que habian heredado de sus mayores, y que tan propia fisonomía llegó á imprimir á la época que alcanzaban.

(*Se continuará.*)

ANGEL LASSO DE LA VEGA

## LAS DOS LIBERTADES,

Ó SEAN LA LIBERTAD VASCA Y LA LIBERTAD FRANCESA.

---

### X.

(Continuación.)

La carta de Madrid publicada en la primera plana de *El Noticiero Bilbaino* del 13, en que se habla de SUBVENCIONES ENORMES Á LOS PERIÓDICOS, pagadas, segun el corresponsal, con los FONDOS SECRETOS DEL GOBIERNO, nos ha hecho recordar un nuevo hecho que debió figurar como el 14 en nuestro artículo anterior, y es: que el ministro de la Gobernacion de aquel Gabinete, Sr. Egaña, á cuya disposición estaban los citados FONDOS SECRETOS, NO GASTÓ UN SOLO REAL EN SUBVENCIONES Á LA PRENSA, no obstante de ser el inspirador y verdadero director del periódico *La España*, dejando CASI INTACTO al salir de su puesto oficial el millon destinado á la expresada atencion, pues apenas llegarían á CUARENTA MIL REALES los invertidos en ella durante todo el tiempo de su mando, del empleo de cuya modesta suma debe obrar NOTA DETALLADA en la parte reservada del archivo de Gobernacion.

26. Y continuando ahora nuestra medio anecdótica, medio histórica, aunque en el fondo altamente filosófica tarea, diremos: que, por lo prematura é inesperada, todavía es un misterio para el que abajo firma la caída repentina del Gabinete ANDORRANO de 1853. Hallábase entónces la córte en el Real Sitio de San Ildefonso, del cual había hecho dos salidas muy poco ántes de su desaparición del poder nuestro digno presidente, una á Oñate con motivo de la grave enfermedad

de su bella y virtuosa señora, y otra á Madrid en compañía de sus amigos íntimos de aquel tiempo los señores D. Agustín Estéban Collantes, D. Martín Belda y D. Alejandro Castro; y en cada una de esas ausencias ni un sólo día cesó la más amable y bondadosa de las Reinas de dispensar su omnímoda confianza al resto de los ministros que habíamos quedado en la Granja, y muy especialmente al que suscribe las presentes líneas.

Es más: hallándose provisionalmente servidas dos de las carteras de aquel Gabinete, S. M. se dignó autorizarnos para llamar desde luego á desempeñarlas, como así lo hicimos, á los señores D. José de Castro y Orozco, segundo Marqués de Gerona, notable abogado de Granada y distinguido literato, autor del drama lírico *Fray Luis de León*, y al decano de los diplomáticos españoles Sr. Calderón de la Barca, que llegaron uno después de otro á la Corte, precisamente en los momentos críticos del cambio de Gobierno, entrando desde luego á honrarse con la colaboración de ambos personajes el del Conde de San Luis, que nos reemplazó en el poder.

Ni una sola vez nos había desairado S. M. en los diversos trabajos que le presentamos, así de política interior como de política exterior; y no había tenido tiempo de secarse todavía la tinta de una muy digna nota con que acabábamos de volver por el derecho y la honra de España en la célebre cuestión del BLAN WARRIOR, en que tan patriótica mente nos secundó nuestro ilustrado representante en los Estados-Unidos Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, hoy marqués de VALMAR.

¿Qué sucedió, pues, para que al día siguiente, ó no recordamos si en la noche misma de nuestra llegada á Madrid, nuestro presidente el general Lersundi llamase á Consejo á sus compañeros para decirles: «SEÑORES, ACABO DE PONER Á LOS R. P. DE S. M. LA DIMISIÓN DE TODO EL MINISTERIO?..» Nadie osó preguntarle la causa de tan sorprendente novedad. Un sentimiento de delicadeza, mezclado á otro de altísimo respeto, nos obligó á acatar el paso del jefe del Gobierno, que todos suponíamos fundado en graves motivos de interés público ó dignidad personal. Algunos que no conocían toda la

nobleza de carácter del general, osaron calumniarle en aquellos primeros momentos, suponiendo que había precipitado y traído intencionadamente la crisis, con la esperanza de que, en agradecimiento á la puerta que espontáneamente les abría, le pagaran sus sucesores con el siempre apetecido Gobierno de la Isla de Cuba, *vacante hacía meses*; pero bien pronto pudieron los maldicientes desengañarse de su error, al ver que en vez de conferírsele el mando de las Antillas, el Conde de San Luis le enviaba de cuartel á la capital de Andalucía.

27. El Conde de San Luis, hombre listo, de escasa instrucción, pero de gran mundo, que debía conocer las dificultades de actualidad del puesto que iba á ocupar, no sólo se asoció para vencerlas y tranquilizar la opinión de nuestros amigos los expresados señores Castro y Orozco y Calderón de la Barca, sino que por medio del Sr. D. José Joaquin de Mora, anciano respetable y literato insigne que trataba en *La España* las cuestiones económicas (padre del director de *El Heraldo* D. José María) procuró sondear la disposición de ánimo de los señores Pastor y Egaña para ver si tendrían inconveniente en continuar sirviendo á las órdenes del nuevo Mecenas las dos carteras que acababan de desempeñar con el general Lersundi. No necesitamos decir cuál fué la respuesta de los dos pundonorosos dimisionarios.

Entró, pues, en funciones el conde de San Luis, llevando por compañeros, además de los dos citados señores Calderón y Castro, al Sr. Estéban Collantes (D. Agustin) como Ministro de Fomento, al general Blaser como Ministro de la Guerra, al Marqués de Molins para Marina y al elocuente orador progresista Sr. Domenech, paisano é íntimo amigo del Sr. Madoz y del rico banquero catalan Sr. Clavé, como ministro de Hacienda.

Nada podia objetarse al personal del nuevo Gobierno. Ostentaban unos larga carrera y no comunes servicios; distinguíanse otros por su elocuencia, actividad y saber; reconocíase en todos muy claro talento, y sin embargo, ¡oh raros caprichos de la opinión! ésta volvió á agitarse de nuevo como antes de la entrada de los ANDORRANOS, se restableció el famo-

so comité de generales, y al fin, una mañana se supo que el director de caballería D. Domingo Dulce había llevado sus escuadrones al *Campo de Guardias*, secundando el movimiento militar del general O'Donnell, á quien acompañaba con su batallón ó regimiento de infantería el coronel nuestro paisano Sr. Echagüe. Gran conmoción con este motivo en Madrid. No había razón para extrañarlo del que fué despues glorioso duque de Tetuan: el escondido, natural era que deseara volver á la clara luz del sol; pero los antecedentes del modesto, y hasta entonces disciplinado jefe guipúzcoano, no autorizaban á creer que se rebelara por vez primera contra el Gobierno; y el general Dulce pasaba por una de las personas que gozaban de más favor en Palacio. ¿Quién había de creer en tales circunstancias que á las cuatro de la mañana se hallase en actitud sediciosa á las puertas de la capital, el que pocas horas antes se presentaba como modelo de leales ante su jefe y amigo personal el confiado y pundonoroso Ministro de la Guerra?

*Et pourtant* el hecho era cierto; y si no, que se lo pregunten á la familia del honradísimo y hace años difunto jefe de caballería Sr. Garrigó, que cayó prisionero en la primera acometida de las fuerzas del Gobierno, y lo hubiera pasado mal sin la espontánea y generosa intervención de S. M. la Reina Cristina, que logró salvar para la patria la vida de aquel noble veterano, el cual se apresuró pocos días después á pagar en igual moneda el favor recibido, apaciguando con su presencia á las turbas alborotadas de la córte, ayudando al general D. Evaristo San Miguel, ídolo popular en aquellos momentos (que en tan difíciles circunstancias volvió á mostrar sus ya reconocidas dotes de buen español y caballero) á colocar en las barricadas el retrato de S. M. la Reina, y escoltando por fin hasta la frontera de Portugal á su augusta madre la antigua gobernadora del reino, para quien los llamados *patriotas* de Madrid, enardecidos secretamente por quien nadie pensara, habían preparado ya (¡qué horror!) las cuerdas con que suelen sacarse del circo taurino los animales muertos despues de una corrida. Reciba en estas modestas líneas el que pocos años después fué modelo de autoridades prudentes y templa-

das en la Capitanía general de las provincias vascas, la recompensa que tarde ó temprano nunca deja de otorgar la opinión á los que por su conducta y virtudes la merecen.

Tal es, en compendio, y apreciada en su carácter general, la vida del gabinete del Conde de San Luis desde fines de 1853 á mediados de 1854: vida de sobresalto público en sus comienzos; en su promedio, vida de maledicencia y de libelos infamatorios, redactados ó inspirados por quienes despues han ocupado los más altos puestos en la gobernacion del Estado; concluyendo al fin con una rebelion militar convertida á los pocos dias en una gravísima y trascendental revolucion cuyas consecuencias llora todavía el país.

No sería justo, sin embargo, culpar de ella al gabinete Sartorius, y con especialidad á su activo y valiente Ministro de la Guerra general Blaser. Los del *Campo de Guardias*, que aislados y sin amparo habían tomado ya el camino de Portugal, hubieran sucumbido de seguro con escasa gloria y ninguna fortuna, sin el apoyo que vino á darles el famoso MANIFIESTO DE MANZANARES, base de los encumbramientos del Sr. Cánovas del Castillo, unido entónces, como parece estarlo ahora, al duque de la Torre,

*hijos entrambos de la fértil Málaga,*

en cuyo revolucionario documento se tocaba LLAMADA Y TROPA á toda la patriotería de España conocida con el nombre de MILICIA NACIONAL, institucion que prestó eminentes servicios á la causa del orden y de las instituciones (1); pero peligrosa y anti-autoritaria en los tiempos normales, como tuvo el valor de manifestarlo en medio de la efervescencia popular de aquellos agitados dias el enérgico Ministro de la Gobernacion señor Rios Rosas en un célebre documento que lleva su firma, y como lo reconocen hoy todos los hombres imparciales y sensatos de nuestros innumerables partidos.

PEDRO DE EGAÑA.

---

(1) Cúmplenos consignar nuevamente que no suscribimos todas las afirmaciones que estampa en su interesante estudio acerca de *Las dos libertades*, nuestro insigne colaborador el Sr. Egaña.

(N. de la D.)

## TUS OJOS (1).

Azules son como el alba  
 los ojos que te dió el cielo,  
 tan azules que parece  
 que se está mirando en ellos.

Que son tuyos dije ántes,  
 y ahora digo que son nuestros;  
 tú los llevas en la cara  
 y yo en el alma los tengo.

Son míos, no me lo niegues,  
 y tuyos, no te lo niego,  
 que si tú con ellos miras,  
 yo sólo por ellos veo.

Que son más míos que tuyos,  
 con firme razon sostengo,  
 porque quitarme tus ojos  
 es más que dejarme ciego.

Son de color de esperanza,  
 y eso no tiene remedio:  
 miran y dicen: «espera,»  
 me miraron y yo espero.

¡Que mintieron!... Imposible.  
 ¡Que me engañan! No lo creo.  
 Las bocas son las que engañan,  
 nunca los ojos mintieron.

A tus miradas asoman  
 al verme tus pensamientos,

---

(1) Esta preciosa composición no ha sido coleccionada en las obras de su inspirado autor.

que tus ojos con los míos  
no quieren tener secretos.

Si dices que no me quieres,  
desde ahora mismo lo niego,  
porque tan hermosos ojos  
no queden por embusteros.

En este conflicto estamos,  
no hay quien sentencie este pleito;  
si tu boca me condena,  
tus ojos dicen «absuelto.»

No los bajes si pretendes  
sentenciarme, porque apelo.  
¿A quién? dirás.—A tus ojos.  
¿Cuándo?—Cuando estén abiertos.

Mas si quieres condenarme,  
á una pena me someto.  
¿A cuál?—A pasar la vida...  
¿Cómo?—Mirándome en ellos.

JOSÉ SELGAS.

## LOS PARASITOS,

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion. j)

Con estas y semejantes preocupaciones, y preparando, con aquel diligente cuidado que suelen emplear los oradores noveles en casos análogos, las más escogidas flores de su retórica y las mejores armas de su dialéctica, se encontraba Juan Antonio una mañana, si no libre de otros pensamientos, por lo ménos muy abstraído de todos ellos, y casi por completo consagrado á su pensamiento dominante, cuando el criado de la casa de huéspedes en que vivía le entró una tarjeta anunciándole que el portador de la tarjeta esperaba en la antesala.

Pasó por ella distraidamente la vista con ese mal disimulado despecho que se retrata en los rostros más impasibles al considerar que un importuno viene, sin derecho ninguno, á interrumpir nuestras ocupaciones, tareas ó pensamientos; pero apenas hubo leído el nombre que contenía, varió por completo la expresión de su rostro, retratando, no ya el mal humor ó el fastidio, sino una verdadera sorpresa.

—¿Sabe ese señor que estoy en casa?—preguntó al camarero.

—Le he dicho que no sabia si el señor habia salido, pero que iba á preguntarlo.

—Di que no estoy en casa, que no me has encontrado--esclamó, levantándose del asiento, y presa de mal disimulada emocion—aunque no.... no..... espera—añadió enseguida, cambiando de pronto de resolucion; dile que pase..... que pase enseguida..... anda, anda listo.—El Marqués en Madrid, y aquí

en mi casa..... ¿qué significa esto?—pensó Juan Antonio dando maquinalmente vueltas á aquel pedazo de cartulina, causa de su sorpresa y vacilaciones—¿qué podrá quererme?..... ¿estará Carlos malo? ¿vendrá á exigirme alguna reparacion, vendrá á pedirme algo? Aquel condenado intrigante de Simón diría verdad cuando me aseguró que habia conseguido, no sólo hacerme perdonar, sino volverme otra vez á la gracia del padre y del hijo..... en fin, pronto hemos de verlo.

.....  
 .....  
 La aparicion del Marqués de Navaleno, padre de Carlos, interrumpió las reflexiones de Juan Antonio, que cortesmente y con esa naturalidad con que las personas bien educadas saben sobreponerse á las circunstancias, se adelantó á recibirle.

A no haber sabido quién entraba en su cuarto, le hubiera sido difícil reconocer en el visitante matutino al padre de su amigo, á quien pocos meses antes habia visto en Duradon, en toda la lozania de una madurez bien llevada.

Esos pocos meses habia cambiado radicalmente la casi juvenil expresion del Marqués, que aun brillaba entonces en su rostro, á pesar de sus sesenta años, convirtiéndole en un viejo enflaquecido, encorvado y aun de paso tardo y vacilante. Lo único que no habia cambiado en él era la dulce expresion de su mirada, la dignidad majestuosa de su porte, y las finas y delicadas maneras que realizaban su alta estatura, y la natural distinción de toda su persona.

—Te sorprenderá acaso verme por tu casa—dijo el Marqués, apenas tomó asiento, sonriendo familiarmente á Juan Antonio, y hablándole en el tono y con la llaneza acostumbradas.

—Nada que sea cortesía y aún más que cortesía, bondad; y bondad como ya no se estila en el mundo, puede sorprenderme de V., Sr. Marqués—respondió Juan Antonio, con no fingido respeto.—¿Cómo está Carlos?—preguntó abordando de frente la cuestión principal que á su juicio le valía aquella impensada visita. Pero estaba de Dios que aquella mañana todo fueran sorpresas para el receloso y prudente diputado, por-

que en vez de aceptar el Marqués su pregunta como un punto de partida para establecer su capítulo de culpas, y discutir y aún afeár su conducta, trance para el cual estaba preparado su interlocutor, le respondió con el tono más natural y aún cariñoso del mundo, y como si en vez de acusadores hubieran sido él y su hijo los acusados.

—¿Lo creerás? pues no ha venido á verte por no atreverse á hacerlo, por no estar seguro de la manera con que tú acojerías ese paso.

—¿Yo?—preguntó Juan Antonio en el colmo de la admiración.

—Sí, hombre, tú. Ya sabemos lo que son estos malhadados trances de política en que tanto juega el amor propio; todos quieren tener razón... y si me apuras un poco todos la tienen: pero sucede que á fuerza de tener razón unos y otros, concluyen por no tener ninguna otra cosa, y es probado que por más excelente que esa señora sea, no basta ni con mucho para hacerle á uno feliz... con que dame un abrazo y hablemos de todo menos de esos detestables asuntos.

—Yo no puedo menos de reconocer que he faltado—exclamó Ruiz del Busto, vencido por tan generosas palabras.

—Nadie te lo pregunta, ni te pide cuentas.

—He faltado... aunque no tanto ni en la forma que algunos han creído... Las circunstancias.

—Repito que nadie te lo pregunta, y están mal en tu boca esas disculpas. Prefiero que me hables con franqueza, prefiero que te presentes tal como eres, atrevido, ardiente en la lucha, ambicioso... Sí, hombre, sí... ¿por qué no confesarlo?... ¿por qué no has de serlo?

—¿Y de qué serviría que lo negase—respondió casi con tristeza Juan Antonio—la ambición es la carrera de los pobres y yo, bien lo sabe Vd., soy pobre, nó sólo material si no espiritualmente. Por creer en algo creo en mí mismo.

—¡Eso no, Juan Antonio, eso no!—exclamó el Marqués con visible emoción—eso ni es verdad, ni puedes decirlo nunca aunque tengas... ¡Dios te perdone y te ilumine! la desgracia de sentirlo. ¡Que seas ambicioso... bien está! que siendo hom-

bre falible y miserable seas como todos los nacidos flaco y pecador y estés como ellos sujeto á caídas, y como ellos faltes á veces á tus deberes para con el prójimo; deber es tambien del prójimo perdonarte si, como es de esperar, tú has pedido á Dios que te perdone. ¿Pero quién se atreverá á perdonarte si Dios no te perdona? ¿Y cómo ha de perdonarte Dios si no se lo pides por un espontáneo movimiento con el que ninguna humillacion te impones con el cual tu alma, lejos de rebajarse hasta la tierra se eleva y purifica hasta el cielo buscando su propia y genuina naturaleza? ¿Que no crees dices? Pues si no creyeras, Juan Antonio, ¿qué disculpa tendría tu conducta, qué explicacion podrías dar de tí mismo, qué nota característica, qué norte, qué propósito noble y elevado seria el de tu vida? ¿No crees, y te agitas y te mueves é intrigas? ¿No crees, y aspiras á sobreponerte á tus semejantes? ¿No crees, y pugnas y batallas por ser grande y por ser fuerte? ¿Qué grandeza ni qué poderío ni qué triunfo va á ser el tuyo si Dios permite que le consigas? Y por otra parte, ¿cómo has de creer en tí mismo, no creyendo ninguna otra cosa? ¿Qué seguridad, qué satisfaccion, qué sosiego ni qué descanso vas á conceder nunca á ese corazon siempre en movimiento, á esa cabeza siempre agitada, si tu voluntad jamás satisfecha ni contenta no les encamina á la consecucion de lo bueno, de lo justo y de lo honrado? ¡Ah, hijo mio! y déjame que así te llame. ¡Ah hijo mio! no esperes la felicidad fuera de tí mismo, y no te busques á tí mismo fuera de tu debido y racional asiento, porque créelo, cuando los años, los sinsabores y los quebrantos de la vida, te arrojen implacablemente de esas seductoras esferas en que hoy vive al parecer contenta tu frívola é inquieta actividad, entónces querrás retirarte al interior de tu conciencia, refugiarte en ella como en seguro puerto, y no hallarás allí más que fantasmas, alucinaciones é imágenes de tus pasados devaneos, no sólido refugio, ni fácil consuelo, ni bálsamo saludable que te reanime y te conforte.

—Bien está—replicó Juan Antonio seducido á su pesar por tan hermosas palabras—bien está lo que Vd. dice—pero qué se hace cuando no se cree?

— Creer aunque no sea mas que en la fé. Creer en los que creen, y no despreciar ni áun al más humilde ni áun al más pobre y miserable de los creyentes, oírles y aprender de ellos y humillarse ante Dios y pedirle de todo corazón que nos haga como ellos, y alabar su providencia que á todos por igual reparte la luz necesaria para salvarse. Prométeme que así lo harás, Juan Antonio, tú que á Dios gracias has recibido de Él gran inteligencia y estás por lo tanto más obligado á emplearla en su servicio, y despues de prometérmelo formalmente, y considerando esta promesa como prenda y sello solemne de nuestra cordial y sincera reconciliacion prométeme tambien no ser nunca en tus juicios, ni en tus decisiones, ni en tus fallos, respecto de tus semejantes y singularmente de las personas á quienes por ley natural debas respeto y consideracion, no solamente injusto, que esto bien sé que no acertarás á serlo, pero ni siquiera intolerante, duro ó apasionado.

— ¡Yo! ¿y cómo he de serlo, ni á quién he de tener yo pobre de mí! que juzgar, que absolver ó que condenar— preguntó Juan Antonio, más asombrado que enternecido del giro singular que iba tomando la entrevista.— Es acaso á usted, el amigo más indulgente, el hombre más leal, el caballero más digno y más completo que conozco... es á Carlos á quien apenas me atrevo todavía á llamar hermano,— continuó diciendo con verdadera sinceridad, pero sin abandonar la fría reserva que no le abandonaba nunca en asuntos graves.

— Juan Antonio— respondió el Marqués con vivísima y no disimulada emocion— aunque mis actos, mis antecedentes y mi humor, bien triste y sombrío por muchas y muy diferentes causas, me presten fama de estravagante y áun de loco, tú, que me conoces ó debes conocerme, bien sabes que no soy tan loco ni tan estravagante, ni tan visionario como las gentes dicen. Al hablarte en los términos en que te he hablado, al venir á verte, al pedirte yo... tu amigo ofendido, .. el padre de tu amigo, al rogarte, como te ruego casi con lágrimas en los ojos, que nos conserves... más aún, que nos restaures y aumentes si es posible en tu estimación y en tu cariño, debes comprender... por lo menos, que considero necesaria, más que

necesaria imprescindible para nosotros tu amistad y tu confianza.

—Yo le prometo á V.—replicó Juan Antonio, y esta vez con verdadera cordialidad—no faltar nunca más á ella, si ustedes, como espero, se dignan... perdonarme. Yo demostraré á ustedes con actos y no con vanas palabras, que siendo al parecer el victorioso, he sido el vencido en esta lucha que ha intentado contra mí, su grandeza de alma y su generosidad indulgente. ¡Ojalá se me presente pronto ocasión para acreditarlo!

—Acaso no tarde en presentarse, Juan Antonio—dijo el Marqués levantándose de su asiento y estrechando por largo rato las manos de su amigo que no sin emoción buscaron, por primera vez en toda la entrevista, las suyas—la vida ofrece más comunmente de lo que se cree lances y pruebas en que se aquilatan los caracteres y puede probarse como en el más afinado crisol el temple de las almas.

No hay buen propósito, ni palabra honrada, ni sincero propósito á quienes falte día ni ocasión para realizarse, y acaso los que ha manifestado tengan el suyo muy pronto, más pronto tal vez de lo que tú piensas.

—Así sea—respondió Juan Antonio—y conste que empiezo por no preguntar á V. á qué se refiere, ni si sabe ó sospecha de algún modo ó por alguna causa adivina qué ocasión puede ser esa y el papel que en ella me está reservado.

—No, Juan Antonio—exclamó el Marqués mirándole cara á cara con amorosos ojos, á la vez que suavemente y como á pesar suyo se desasía de sus manos—*nada sé* todavía, aun no ha llegado el momento de revelarte algo que siempre ha de ser tarde para que yo lo sepa fundadamente, presiento y adivino. Pero tranquilízate y espera como yo: más viejo que tú, espero con calma todavía, conque espera y confía, y sobre todo cree.... Juan Antonio, cree, y ruega á Dios que suceda como yo se lo pido....—y sin volver atrás la vista precipitadamente, y como quien conoce que un importante secreto va á escaparse, á pesar suyo, de sus lábios, el Marqués abandonó el cuarto de su amigo.

.....

—¿Será verdad—pensó éste, vencido también contra su costumbre por aquellas palabras á las que sólo faltaba un nombre para ser una completa y decisiva revelación.—Estará ese hombre en su sano juicio, y no presa de una alucinación ó de un acceso de locura? ¿Las insinuaciones, las alusiones de Simón se referirían, como entonces no acerté á sospechar, á todo esto? ¿Es ésta y no otra la explicación de la conducta de Carlos .....de la conducta del Marqués para conmigo?.... ¿Seré yo....! Yo, Juan Antonio Ruiz..... imposible.... ¡mi padre él..... el Marqués de Navaleno!..... ¿Y mi madre!..... ¡Dios mio, Dios mio, perdón! ¡Todo ménos eso... no! ¡á ese precio nada ... no quiero nada, ni aspiro á nada; ¡no! no puede ser..... no quiero que sea y no será..... Hay aqui, ¡gracias, Dios mio! hay aquí, en mi corazón, una voz que me dice que eso no es así.... ¡Gracias, gracias! Dios de bondad, Dios de justicia, creo en Vos, que os apiadais de un desventurado, permitiéndole creer todavía en su madre.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

## EL PIANO.

---

Los grandes hombres, los portentosos inventos, las instituciones que atraviesan los siglos, suelen aparecer en el mundo precisamente cuando hacen falta.

El piano ha sido inventado en nuestros tiempos porque materialmente no podíamos ya pasar sin él.

Nuestra época, por uno de esos contrastes tan frecuentes en la vida, es la edad de oro de la música.

Cuando los delirios del materialismo más grosero están de moda, cuando el público se arrebatata las ediciones de las novelas de Zola, rinde un culto que podríamos calificar de fanático al arte espiritual de Beethoven, arruinándose por el Real y por los Conciertos.

No entraremos ahora á investigar la razon de este al parecer arcano; pero sí dejaremos sentado, que el progreso de la música salta á la vista.

La profusion de instrumentos inventados desde Mozart hasta el presente, es prueba irrecusable de lo que acabamos de decir.

No aceptarla, equivaldría á negar que no hemos adelantado en el arte de la política, por ejemplo, á pesar de que todos gobernamos, gracias al sufragio universal, órgano de la multitud donde no hay registro que no pueda tocarse.

La música ha progresado además en otro sentido.

Cuando los poderes del Estado son tres y aún cuatro si hemos de creer á la prensa de todos colores, cuando los reyes absolutos desaparecen, cuando el concierto europeo todo lo arregla; hubiera sido notoria temeridad empeñarse en no bailar al son que tocan.

El arte de Euterpe hubiera desaparecido, como los tambores de los regimientos, sin la prudente concesión de traspasar á la armonía el cetro que la melodía empuñó por tanto tiempo.

Con tal conducta lograron los músicos en primer término, que la corriente del siglo no los avasallara, siguiéndola: y en segundo demostrar, ellos, tan calumniados de envidiosos, que su pasión dominante había sido siempre la armonía.

La música, como las demás artes, necesita un laboratorio donde sus artífices trabajen, cincelen y pulimenten la idea que percibió el pensamiento con la vaguedad propia de un ensueño.

La pintura lo tiene en el lienzo mismo.

El pintor, terminado el cuadro, da un paso atrás y compara su obra con la idea que se le apareció, brillantemente engalanada con no vistos colores, en la ardiente fantasía.

El músico necesita también averiguar si las melodías combinadas que de un modo fugitivo cruzaron por su imaginación no son galimatías incomprensible, sino la obra de arte que aspira á crear.

Sin oír lo que ha compuesto, esta comprobación es imposible.

Cuando cantar era todo en música, la voz del compositor bastaba para cerciorarse de que había dicho lo que quería decir.

Pero hoy que la armonía ejerce imperio soberano, la existencia de un instrumento que pudiera decir dos y aún tres acordes á un tiempo, en cualquier rincón de la casa del artista, era cuestión de vida, ó muerte para la música.

El piano ha venido á llenar este vacío.

La ley providencial de que hablábamos al principio, se ha confirmado una vez más: como el telégrafo nació para el ferrocarril, el *piano forte* ha sido inventado para que pueda la armonía dar los frutos que todos esperan de sus múltiples y variados recursos.

Los músicos, hasta la aparición de tan popular instrumento, no han sabido lo que tenían en los diez dedos de las manos.

Desde entónces puede decirse que no hay cosa en el mundo donde más se aprovechen.

Sólo las fábricas de guantes sacan tanto partido de la flexible residencia del sentido del tacto.

Injuriaría la inteligencia de mis lectores, si entrase á demostrar la superioridad del piano sobre su competidor.

Pero no he de proseguir en mi tarea, sin advertir que para tocar el piano es preciso quitarse los guantes.

Esta muestra de respeto la han dado desde Lizzt, que los arrojaba con cierto desprecio en una bandeja de plata, hasta el último pianista de café, que echa uno por lo ménos entre el público cuya paciencia acaba de poner á prueba.

El piano, á partir de la victoria de la armonía, es para el músico lo que el borrador para un literato, lo que el boceto para un pintor; el lugar donde deposita su primera inspiracion.

Es el instrumento que dice en alta voz lo que pensó en secreto, el que impide que pase inadvertida cualquiera incorreccion.

El músico que no oye sus composiciones sino en el silencio de su inteligencia se expone á tropiezos deplorables.

La razón es clara: el silencio viene á ser la oscuridad de la música.

Oirse á sí mismo es afectacion insufrible en un orador; pero en un músico equivale á conocerse á sí mismo.

Si el alma escoge lugar determinado para su residencia, la de los músicos escogerá sin duda el oido.

Pues en él tienen puestos sus cinco sentidos, y ahí habrá de ir el alma para dirigirlos

Tanto lo ejercitan que al cabo hasta el músico de peores formas sociales, tiene, sin embargo, el oido fino.

En la época presente es además el piano el encargado de vulgarizar la música.

Es como el periódico del arte, que todos los dias nos dice el último wals de Gung'l ó la última polonesa de Marqués.

Como las novelas morales, tiene entrada franca en el gabinete de confianza, calentado por una chimenea de cok, á donde provisionalmente se ha retirado el hogar doméstico.

A la honrada intransigencia de los padres de familia, se recomienda por su aspecto intachable.

El piano favorece el ruboroso pudor de las jóvenes pianistas.

Para tocarlo no es preciso dar la cara.

Semejante posición habrá sido considerada con envidia por más de un político de trastienda.

La joven que se sienta al piano es la única persona de la reunión que puede cometer la grosería de volver las espaldas al público.

Verdad es, que en justa correspondencia, es de buen tono volvérselas á la música en las reuniones de nuestros tiempos.

Esto nos lleva, naturalmente, á decir algo de los enemigos del instrumento que nos ocupa.

Dos enemigos capitales tiene el piano: primeramente los llamados pianistas ejecutantes.

Verdugos despiadados, son el terror y la muerte de los indefensos pianos.

Arrancan aplausos con una série interminable de acordes, arpeggios y escalas que ponen al piano, cuyo peso es tan popular entre los mozos de cordel, convulso y azogado, como si padeciera el baile de San Vito.

Las yemas de esos dedos hercúleos é impios, hacen dudar de la propiedad del lenguaje que dá el nombre de yema á una cosa tan dura.

Para el pianista ejecutante son tan indispensables los pedales como las teclas.

No quiere decir esto que toquen con los piés; pero sí que favorecen poco al piano pretendiendo que luche á ruido y sonoridad con el bombo y los tímboles.

En segundo lugar aparecen como enemigos del piano los pianistas aficionados.

Estos son la polilla de la música, los trovadores *cursis* de las bellezas del mismo jaez, el tormento de los oídos delicados.

Estos son los que tocan de oído y bailan de cabeza sin perderla, por la razón que el lector adivinará.

Por las hazañas de estos y otros enemigos del piano, se-

rian millonarios los afinadores, si los que caen bajo sus garras se permitieran el lujo de afinarse.

Pero generalmente el instrumento en que lucen sus habilidades, es un viejo cargado de años y de sufrimientos que espera la muerte con ánimo tranquilo como término único á tanta miseria.

Sería historia conmovedora la que acertára á escribir un romántico escritor de uno de esos pianos de Pleyel ó de Erard, que despues de haber lucido sus claras y vibrantes notas en lujosos salones, llega á un piso principal de la calle de Pelayo alquilado por meses.

El piano tiene además otro enemigo en sí mismo.

Desgraciadamente para su dignidad, el piano sirve para llenar un hueco de la sala ó del gabinete.

Las ricas maderas que forman su caja, el marfil de sus teclas, los vistosos candelabros con transparentes velas de color que se destacan sobre el fondo oscuro de la madera, tientan el gusto y la vanidad de los ricos que ponen casa.

Estos matan al piano condenándolo á ociosidad perpétua, y á verse cubierto de polvo, seis dias de la semana.

El plumero, que es el único ser que le toca y acaricia, no aparece sino por la mañana del dia en que se quedan en casa sus opulentos amos.

Del clave de nuestros antepasados á los modernos pianos de cola, la historia de este instrumento musical es variada y digna de estudio.

Dejamos este punto intacto para pluma mejor cortada y más erudita que la nuestra.

Diremos sin embargo antes de concluir algunas palabras en honor del piano de cola.

Será la única (así lo esperamos) que traerá este artículo; pero de ella no podemos prescindir.

Cuando hay cola en el Banco, en el despacho de los Toros, en el Giro mútuo y hasta en los Ministerios de políticos que esperan con candidez á que llegue el turno pacífico de su partido, parecería despegado este artículo sin su poco de cola.

El piano ha conseguido vistiendo cola, lo que las mujeres

que convencen á sus maridos, de la utilidad que proporcionan unas cuantas varas de tela, colocadas donde nada hay que tapar.

Ha conseguido ser recibido en el gran mundo.

El gran mundo es en este caso el escenario ocupado por los músicos de la orquesta.

Estos han subido un peldaño al hacer tal evolucion, pero el piano ha tenido que salvar la enorme distancia que separa un teatro, de cualquier gabinete, lugar donde hasta ahora se había deslizado modestamente su existencia.

Al ensanchar sus relaciones, al ocupar sitio más elevado y visible, el piano ha venido á poner de manifiesto sus imperfecciones.

Le ha sucedido lo que á las mujeres del gran mundo: que cuando gastan en tela supérflua, dejan al descubierto lo que que quizás convendría no dar demasiado á entender.

Medita en las horas de silencio si tiene ventajas sólidas su nueva posicion.

No olvide tampoco que si para colocarse de un salto en el tablado de un escenario, desde la recogida habitación, que es su verdadera pátria, su verdadera cuna, no tiene alas; en cambio le estorba la cola.

¿Sin alas y con cola será mucho aventurar, creer que el dia ménos pensado tropezará con el aditamento que le sirve para obtener inmerecidos honores?

LEON MEDINA.

## CRÓNICA POLÍTICA

### DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

---

En cualquier otro país que no fuese el nuestro, la solución de la crisis con que hemos, por decirlo así, inaugurado el año, hubiera sorprendido dolorosamente á todo el mundo.

Pero aquí en España no nos sorprendemos ya por crisis más ó ménos, ni somos capaces de regatear el mérito de los sucesos, siempre que estos se nos presenten con la naturalidad y franqueza con que suelen realizarse en esta tierra clásica de las inconsecuencias y de los viceversas todos los acontecimientos políticos.

Si interrogamos de izquierda á derecha uno por uno á todos los personajes que forman el coro de la zarzuela parlamentaria, vulgarmente conocida con el nombre de *política práctica*, sobre la significación del cambio político realizado, todos á una nos dirán que la crisis era imprescindible. Pero si volvemos á preguntar de derecha á izquierda cuál es su opinión acerca de los resultados que van á conseguirse con este cambio, nos responderán todos con idéntica unanimidad que la crisis ha sido completamente inútil.

A pesar de esto y para que nada ocurra aquí con arreglo á los principios de la lógica, esta crisis que no podía ménos de realizarse, y que se ha realizado, sin embargo, de la peor manera posible, ha dejado por ahora completamente satisfecho á todo el mundo.

Al jefe de la fusión le permite darse tono de Presidente inamovible y le eleva en el concepto *público* (que de sí mismo tiene formado), igualándole con los jefes de partido más consecuentes, es decir, con aquellos sólidos personajes que á semejanza del buen calzado resisten sucesivas remontas, sin perder por eso su pristina y natural elegancia.

A los de la izquierda les ha complacido, porque la crisis lejos de aproximarse á la derecha, ha sido una evolución hácia su campo, que se verificará con toda la presteza que aconsejen las circunstancias y permita la seriedad y circunspección de los nuevos ministros de Gracia y Justicia y de Fomento.

Los conservadores aplauden el cambio porque juzgan que con él queda la fusión, sino destruida, por lo ménos profundamente quebrantada.

Y por último, los centralistas tampoco pierden nada en la crisis por la sencilla razón de que este aprovechado grupo está ya acostumbrado á jugar siempre al gana-pierde.

Hasta los ministros salientes han hecho su salida con cierta gracia y han dejado de existir con oportunidad y bizarría.

El Sr. Alvareda, verdadero autor de la crisis, ha muerto defendiendo los montes del Estado, lo cual le permite trasplantarse con cierta gloria á cualquier campo en que su experta administración pueda echar otra vez raíces.

El Sr. Camacho sale del ministerio sin completar su obra, ni cerrar su presupuesto, y por lo tanto, siempre le quedará el recurso de decir cuando la obra se hunda ó el déficit abra su boca formidable para tragarnos, que él y sólo él conocía el secreto de la cerradura y podía por consiguiente echarle para siempre la llave.

Y en cuanto al Sr. Alonso Martínez, si es verdad que ha perdido su centro ministerial, ¿quién no comprende que puede fundar otro nuevo centro parlamentario, equidistante del general Martínez Campos y del jefe de los conservadores?

En resúmen; si se exceptúa al Sr. Marqués de Sardoal, todos los factores de la crisis han salido gananciosos en ella, y aún el mismo Marqués, si con calma y resignación lo considera, no habrá perdido nada con esperar algunos meses una circunstancia que le permita pedir como derecho de primogenitura la herencia á que ahora pretendía como pariente colateral.

Pero puesto que todos parecen contentos y satisfechos bueno será que preguntemos al país si también ha quedado complacido con la resolución de la crisis.

Posible es que el país no nos responda ni afirmativa ni negativamente, pero al fin y al cabo, si nosotros no se lo preguntamos ¿quién va á tomarse el trabajo de preguntárselo?

Es uno de los fenómenos más curiosos que pueden contemplarse, ver cómo el país, esa masa anónima de creencias, intereses y pasiones resiste pacientemente á todas las mudanzas, se aviene con todos las reformas, y vive, si no contento, por lo ménos resignado con todos los sistemas y métodos de prudente *desgobierno* con que alternativamente le favorecen sus clases directoras. Las luchas, las divisiones y las contiendas verificanse constantemente en el seno de estas mismas clases, cuyos representantes mutuamente se aporrean con teorías, con programas ó con hechos consumados; rara vez pelean los directores con los dirigidos, y nunca, ó casi nunca, estos piden á aquellos cosa ninguna, ó si algo les piden limitanse únicamente á pedirles que les dejen en paz.

En la ocasión presente el país no pedía crisis, pero toma la crisis y se resigna, como se resignó tomando las reformas financieras, como se resignó con la reforma de Tribunales, como se resignó con el programa de la izquierda, como se resignará con la izquierda, cuando la izquierda venga, si Dios no lo remedia, á plantearlo.

Y esto, si bien se considera, consiste, no en que el país sea de condición tan mansa y apacible que con todo se contente, á todo se avenga y por todo pase, sino en que no existe el país, tal como suele ser considerada por los políticos, esa entidad acomodaticia y bonachona que á cada suceso pone nueva cara y que tiene aplausos para todas las mudanzas, coronas para todos los triunfos y percalina para todos los regocijos.

Si existiera el país, es decir, si España fuera una sociedad organizada en clases, dividida en grupos resistentes, con intereses particulares á cada uno y comunes á todos, con derechos políticos que defender, con principios fundamentales que les protejerian, con clases sociales y políticas que supieran sacarlos á salvo; ¿cómo habia de ser España indiferente á estos cambios de Gobierno, cómo habia de compartir sus preferencias entre unos y otros hombres, cómo habian de pasar por ella, sin encarnar en sus costumbres ni en sus hábitos, leyes tan diversas, partidos tan distintos y personajes de tan varios y abigarrados colores!

Pues qué ¿basta decir que el país está representado en las Cortes para que real y verdaderamente las Cortes lo representen como si realmente existiera?

¿Es la voluntad del país, libre y serenamente consultada, es la voluntad del país recién salido de una lucha civil, social y religiosa, la que pidió el advenimiento de la situación fusionista y con ella el planteamiento, á fecha más ó ménos remota (no tan remota como se figuran los revolucionarios arrepentidos), de todos los problemas, de todas las soluciones, de todos los símbolos y aun de todo el organismo de la pasada revolución?

¿Es la voluntad del país sediento de paz, de concordia y de buen orden, pobre y esquilado, pero resuelto á saldar sus compromisos, á restaurar sus fuerzas y á pagar puntualmente todo lo que buenamente pueda pagar sin arruinarse, la que ha solicitado graves reformas financieras en vez de economías; grandes planes y no buena administración; nuevos tributos en lugar de buen método y prudente parsimonia en la distribución y empleo de los antiguos?

¿La voluntad del país pedía el establecimiento del Juicio oral y público que además de perturbar la administración de justicia, triplica sus gastos, distribuye arbitrariamente por toda España un costosísimo personal, impone á comarcas pobres sacrificios inútiles, crea en pueblos pequeños necesidades y costumbres difíciles de desarraigar y lleva á la sustanciación de los procesos todas las artes y artificios de la palabrería, de la declamación y del escándalo de que rara vez se utiliza el inocente y suelen ser tan aprovechados por el criminal empedernido?

¿Y el Jurado? esa otra calamidad democrática de que es preparatoria reforma la precedente, ¿quién le reclama en España, quién le pide, á qué necesidad obedece, ni qué clase social, qué partido sério, qué pública é ilustrada opinión quedará satisfecha el día no lejano de su establecimiento?

Pero en cambio, triste es decirlo, el país que no pide, ni reclama tan peligrosas mudanzas, el país que vive contento sin ellas, tampoco las rechaza, tampoco las combate, tampoco protesta al recibirlas, y la impresión, la ligereza, la bulliciosa inquietud de una democracia gubernamental, sólo preocupada de turnar en el presupuesto, sólo fuerte y potente por el presupuesto, lanza esas reformas y otras más graves con descuido despilfarro sobre el insaciable tapete se donde se juega á costa del país tan peligroso juego.

La crisis política de que es prólogo la constitución del actual ministerio, no es más que una carta de ese juego.

Tampoco es el país el que llama ilustre al duque de la Torre, ni el que le regala coronas cívicas, ni el que acude á la voz de su antiguo compañero el general Ros de Olano á firmar en ese album, especie de lista del enfermo con que segun parece quiere obsequiar al caudillo de Alcolea el famoso caudillo de la primer Junta revolucionaria de Madrid.

Tampoco es el país el que quiere volver á la Constitución del 69, ni el que se entusiasma con los programas de la izquierda dinástica, ni el que se entretiene en vencer los escrúpulos democráticos de Montero Rios, ni el que se complace en la reconciliación de la monarquía y de la democracia; pero ¡ay! tampoco se encuentra, por mucha voluntad con que se busquen, fuerzas resistentes que práctica y eficazmente se opongan á esas peligrosas transacciones, á esas punibles y desmoralizadoras apoteosis.

Donde quiera que se vuelva la vista no se descubre en nuestra raza

aquel cristiano y vigoroso espíritu conservador, que hace á los pueblos justos, grandes y venturosos.

Donde quiera que volvamos la vista sólo vemos, ó la complicidad interesada de los simpatizadores de la democracia, que ora por miedo, ora por más viles complacencias, la adulan, la sirven ó consolidan sus conquistas, ó la indiferencia, la apatía y el descuido de cuantos juzgan con temeridad indisculpable, ó que la sociedad debe vivir sujeta á la ley fatalista de las acciones y reacciones políticas, ó que á las enfermedades sociales no pueden aplicarse otros específicos que esos grandes cauterios que se llaman motines, revoluciones ó guerras civiles.

Con tales premisas, no es difícil vaticinar lo que sucederá.

La evolución hácia la izquierda, perfectamente caracterizada por la formación del nuevo ministerio, se acentuará de día en día por la astuta benevolencia de los martistas, á quienes, digase lo que se quiera, servirá de conductor eléctrico el nuevo ministro de Gracia y Justicia, Sr. Romero Girón.

La izquierda dinástica verá poco á poco convertidas en leyes todas sus aspiraciones reformistas: la situación que preside el Sr. Sagasta se irá lentamente asimilando toda la vida política y toda la savia democrática del nuevo partido, y cuando ya no quede por adoptarse más que el nombre y la letra constitucional de la reforma, ó vendrá la reforma con todos sus nombres, con todos sus hombres y con todas sus consecuencias, ó recogerá con la herencia del Sr. Sagasta la tremenda responsabilidad de una revolución, ó, por lo menos de un pronunciamiento, aquel político que venga despues de un período de revolución mansa á contener las justas exigencias de la revolución fiera.

Esto se habrá ganado, en resumen, con esa política que viene gobernando en España desde 1874, y que consiste en crear artificiosamente desde el poder, con fuerzas y con elementos conservadores, elementos, fuerzas y partidos revolucionarios.

Este resumen de la situación política que, á guisa de juicio del año, hemos bosquejado imperfectamente, nos excusa por hoy de reseñar en detalle los elementos que concurren á la nueva situación que se inaugura.

Por hoy basta con presentar en conjunto el balance de esperanzas y de temores que de sí arroja la contemplación desapasionada de la escena política.

El elemento centralista, cumplida su misión histórica, se disgrega por ahora y se disimula y confunde en las filas de la mayoría. Uno de sus antiguos miembros, el Sr. Gamazo, entra en el ministerio; su jefe y apóstol el Sr. Alonso Martínez, navega tan majestuosamente como siempre en las corrientes conservadoras. Su espada, el general Martínez Campos, continúa haciendo la guardia en el ministerio de la Guerra, con una constancia digna de un jefe de Alabarderos, y el activo marqués de la Vega de Armijo sigue sirviendo de rehenes á Sagasta aprisionado en su departamento de relaciones extranjeras, y pronto al sacrificio de la primera crisis parcial que sobrevenga.

El Marqués de Sardoal, acechándole cuidadosamente, Navarro-Rodrigo con el arma al brazo, Moret, Becerra y Martos de *imaginaria*, completan el cuarto militar del general de Sagunto, que empezó su carrera triunfando de la revolución, y la concluirá, si Dios no hace un milagro, por constituirse prisionero de ella.

Reposan ya en Niza, su ciudad natal, los restos mortales de León Gambetta, reclamados con piadosa instancia por el padre del célebre político, del brillante tribuno, del triste agitador y del hombre desgraciado que durante unos años, tan breves como será su fama y como lo fueron sus reales y positivos servicios á la patria, ha muerto oscuramente entre las lágrimas más bulliciosas que sinceras de una generación que no ama á nadie, ni siquiera á sus aduladores y que á nadie llora ocupada como vive en reír, en gozar y en hacer frases.

Respeto profundo nos merecen los sentimientos del padre de esa especie de soberano sin imperio que se empeña en arrancar el cadáver de su hijo de manos de su pueblo, interrumpiendo así, el vano aparato de la innmerecida apoteosis.

Acaso el desgraciado padre habrá sido el único que haya vertido sobre el cadáver del *gran Gambetta* lágrimas de verdadero cristiano.

¡Qué poca cosa le habrán parecido todas las grandezas de su hijo al contemplar su tumba, y con qué gusto trocaría todas esas grandezas por un poco de paz, de consuelo y de esperanza para su corazón de padre y de cristiano!

—

Decididamente Inglaterra ha circulado su nota sobre la cuestión de Egipto, de acuerdo, ó por lo ménos con la completa aquiescencia de Alemania.

Así lo declara uno de los periódicos que se dicen órganos del poderoso canciller. El *Standard*, de Lóndres, y en general toda la prensa inglesa, se manifiestan seguros de la aceptación de aquella nota por las cancillerías europeas, sin cuidarse mucho de la declaración de algunos periódicos alemanes que indican como condición de la aceptación de Alemania, la de que previamente se asocie Francia al arreglo propuesto por Inglaterra.

Como es natural, la prensa francesa, y singularmente la republicana, partidaria de *la revanche*, acogen con escrupulosa reserva las declaraciones de Alemania, y algun otro periódico más moderado como *Le Temps*, insinúa con poca habilidad en los actuales momentos, ó lo que es lo mismo, con sobra de malicia, que la política inglesa en Egipto va á concluir por resucitar otra vez la cuestión de Oriente, haciendo intervenir, á cambio de su libertad respecto del Egipto, á los rusos en Armenia, y á los austriacos en Salónica.

Los políticos franceses no han aprendido todavía á no hablar de aquellas cosas y á no predecir aquellos sucesos que no tienen medios para evitar ni para precaver.

SANTIAGO DE LINIERS.

## MISCELANEA.

### DISCURSO

de Su Santidad al Patriado romano en respuesta al Mensaje  
leído por S. A. el príncipe Orsini.

Recibimos con particular satisfacción los votos y felicitaciones que nos dirigís, Príncipe, en nombre de la nobleza y Patriado romano. Regocijamos vivamente de ver reunido alrededor nuestro lo más distinguido de Nuestros queridos hijos de Roma, y de otros renovar públicamente las protestas de inviolable fidelidad á esta Sede Apostólica y á nuestra persona. Dulces y fuertes son los vínculos que unen desde hace largo tiempo á la Santa Sede y al Patriado romano. Este, que ha dado constantes pruebas de afecto y obediencia y ha prestado señalados servicios á la Santa Sede, ha visto siempre á la Santa Sede estimar su adhesión, sostener su dignidad y aumentar su esplendor. Hermoso es ver que esta reciprocidad dura aun en los tiempos actuales, porque vosotros, por un elevado sentimiento del deber, y Nós impulsado por un profundísimo afecto y especial benevolencia, deseamos vivamente que esos vínculos se estrechen y se fortifiquen cada vez más.

Y si nuestra fidelidad, haciéndoos unir vuestra suerte á la de la Sede Apostólica, os hace tambien participar hoy de sus pruebas y sus dolores, no dejará de haceros participar algun dia de sus glorias. Lo habeis recordado muy á propósito, Príncipe: si la Sede Apostólica se vió á menudo expuesta á rudos ataques, siempre salió triunfante de ellos y con mucha mayor fuerza, y continuó esparciendo por la tierra los saludables efectos de su virtud bienhechora. Tambien esta vez, con la ayuda del Todopoderoso, obtendrá su libertad, y los hijos que hayan permanecido fielmente adictos podrán con justicia participar más especialmente de la alegría de su triunfo.

Reconocemos e npero tambien que teneis muchas y grandes dificultades que vencer para permanecer fieles á las dignas y gloriosas tradiciones de vuestras familias. En efecto, apenas fué sustraída Roma al Gobierno paternal del Pontífice Romano, los nuevos gobernantes comprendieron lo importante que para ellos era obtener la adhesión, el concurso y el favor de lo más distinguido de esta augusta ciudad. Con este objeto emplearon todos los medios posibles, y no ahorraron promesas, seducciones ni halagos, y esperan con el poderoso auxilio del tiempo conseguir finalmente su objeto.

Ciertamente que aquellos de vosotros que cedieren á tales artificios y se decidiesen á entrar en una nueva via, no tardarian en ver abrirse delante de ellos el paso á los cargos, á las distinciones y á los honores, mientras que Nós, en las condiciones actuales, no podemos ofrecerles carreras ni cargos dignos de vuestros méritos, de vuestros servicios y del esplendor de vuestras casas. Para algunos de vosotros, sobre todo los jóvenes, es á la verdad, muy dura alternativa la de verse obligados á permanecer en una situación que no tiene ningun atractivo, ó faltar á

los deberes que imponen á los patricios romanos la obediencia y el respeto al Sumo Pontífice.

Pero todos saben, queridos hijos, que la fidelidad á los propios deberes exige en ciertas circunstancias sacrificios á veces bastante pesados, y esos sacrificios, los católicos, sobre todo los católicos de Roma, han demostrado con frecuencia que sabian dignamente soportarlos. Esta época es, en los designios de la Providencia, una de esas épocas extremadamente difíciles de que hay que saber aprovecharse para vigorizar las generosas virtudes y las resoluciones magnánimas. Por lo demás, la recompensa de esta fuerza cristiana y de esa inviolable fidelidad no os ha de faltar aún en este mundo, porque tendreis en vuestro favor la satisfacción de vuestra conciencia por haber cumplido un deber, y la estimación y admiración cada vez mayores de los buenos que tienen fija en vosotros su mirada y el nobilísimo ejemplo que dejaréis á vuestras familias.

Sin embargo, aún en la situación actual, sin ocupar altos cargos y sin seguir brillantes carreras, podeis muy bien, queridísimos hijos, encontrar medios de honrar vuestro nombre y de haceros útiles á la santa causa de la Religión y del Pontificado, así como al verdadero bien de nuestra Roma.

El culto de las bellas letras, el estudio de las ciencias, y principalmente las sociales, emprendido con entusiasmo; las publicaciones oportunas; la obra importantísima de las Escuelas católicas, y todas las otras obras destinadas á atender á las necesidades materiales y morales de este pueblo, ofrecen un ancho campo á vuestra actividad. Siempre hubo en vuestras nobles familias miembros que se distinguieron mucho por la excelencia de sus virtudes y lo vasto de sus conocimientos, pudiéndose hoy decir lo mismo.

Con gusto Nós recordamos al Príncipe Agustín Chigui, distinguido literato; al Marqués Carlos Antici, escritor erudito; al P. Francisco Javier Patrici, lumbrera de las ciencias bíblicas; y entre los contemporáneos, al Príncipe D. Baltasar Boucompagni, que cultiva con tanto éxito las ciencias matemáticas.

Por otra parte, aún en estos últimos tiempos, habéis hecho, y hacéis todavía, mucho por las buenas obras que os hemos recomendado. Nós tenemos gran satisfacción en dirigir hoy elogios públicos á esas admirables señoras que favorecen con su apoyo y su dinero la educación cristiana de la juventud, abren y mantienen á su costa institutos caritativos y figuran siempre en primer término cuando se trata de reparar el mal, resguardar á los que el peligro amenaza y llevar los socorros de la Religión y de la beneficencia á los que más necesidad tienen de ella. Nós hacemos cuanto podemos, sobre todo, por las escuelas, que son á nuestros ojos de la mayor importancia.

Pero vuestro ámplio concurso nos es necesario, y con él contamos para el porvenir. Este concurso nos servirá para atender mejor á los intereses del pueblo romano, que nos es tan querido, y os granjeará el reconocimiento y el cariño siempre creciente de este mismo pueblo.

Con estos sentimientos Nós os deseamos toda clase de bienes durante el año que acaba de comenzar; Nós rogamos incesantemente á Dios que os preste en abundancia su socorro sobrenatural, y Nós enviamos desde el fondo del corazón á vosotros y á todas vuestras familias la bendición apostólica.

---

## JUVENTUD CATÓLICA.

El día 6 del corriente mes tuvimos el gusto de asistir á la solemne sesión que para conmemorar el décimotercero aniversario de su establecimiento, celebró aquella institución amadísima. Aplaudimos con fervor un notable discurso del Sr. Ortega Morejón, que éste no pudo leer por hallarse enfermo, y saboreamos despues lindas poesías que leyeron sus autores, los académicos, Sres. Sandoval, Trassierra, Sota (D Juan y don Luis). El vicepresidente Sr. Garcia Cano puso digno remate á la sesión con el bello discurso que pronunció. El numeroso auditorio salió harto satisfecho de la velada, y haciéndose lenguas del amor paternal con que recibe en sus salones á la *Juventud Católica*, su digno consiliario el docto y respetable Sacerdote Sr. D. José Salamero, director de *La Lectura Católica*.

Como indicamos en otro lugar está casi terminado el notabilísimo libro *Blanquerna*, de Raimundo Lulio, para el cual libro escribirá un prólogo el Sr. Menéndez Pelayo. No ha de ser menos peregrino el que comenzaremos luego á reimprimir con el propio objeto de regalárselo á nuestros suscritores, quienes recibirán un pliego de dicho libro con cada número de la REVISTA. Como la empresa de nuestra publicación hace tirada especial de estas obras, ya meditaremos el modo y manera de que puedan obtener con grandes ventajas el susodicho libro *Blanquerna* cuantos suscritores no le hayan podido recibir completo, por no serlo desde la fundación de la REVISTA.

La Real Academia Española va á admitir en su seno al Excmo. Señor Duque de Villahermosa, de quien publicamos en este mismo cuaderno una magnífica traducción de Horacio. La Academia merece plácemes por esta resolución; pues sobranle títulos para ir á la casa de la calle de Valverde al ilustre traductor de las *Geórgicas*.

Con el título de «Un buen libro y una buena obra» publica nuestro querido colega *El Zuavo* un artículo acerca del premio de honor concedido por el Congreso pedagógico al Excmo. Sr. Arzobispo de Valencia. El libro lleva por epigrafe «Letras divinas y humanas, la ilustración de los niños,» y es, según dice *El Zuavo*, vicios corregidos, errores rectificados, virtudes encomiadas, verdades defendidas, la teología, la escritura, la historia, las ciencias naturales, las bellas letras, los inventos modernos, todo al alcance de los niños, todo á su servicio y para su aprovechamiento intelectual.

El libro está escrito en la Casa de Campo del Seminario de Valencia. ¡Bien haya el digno Prelado que *descansa* de sus trabajos pastorales escribiendo obras de inmensa utilidad y bienhadado *descanso* que para otro que no fuera el Sr. Monescillo juzgaríase fatigosa ocupación!

Segun las noticias que recibimos de Guipúzcoa, está ya convalciente de su última grave enfermedad el Sr. D. Pedro de Egaña. ¡Dios sabe cuánto nos holgaremos de que nuestro amigo se restablezca por completo!

## LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA.

---

Entre las grandes y majestuosas reacciones que la humanidad, desengañada de lo extraviado de la senda porque avanzaba retrocediendo á impulsos de una ciencia vana y un siglo impío, comienza á verificar en este siglo, acaso el más crítico que ha atravesado, con la firmeza y denuedo del que sabe

que aquel que viene la via derecha  
non viene tarde por tarde que venga,

descuella la gran tendencia que en las inteligencias, sedientas de verdad, se va despertando hácia los estudios históricos, no ya reduciéndose á la casi estéril tarea de reseñar los grandes acontecimientos, las grandes batallas, las grandes catástrofes, sino llevando sus investigaciones, valiéndose de las palabras de un escritor moderno (1) «á objetos nuevos, á relaciones desconocidas y á regiones muy elevadas; pero sin abandonar nunca ni soltar por un solo instante el hilo de los hechos;» esta nueva manera de considerarlos recibe el nombre de *Filosofía de la historia*.

*La Filosofía y La Historia, La Deducción y La Inducción*, las dos grandes ramas que, partiendo de la razón ilustrada por la revelación y la experiencia, constituyen el bello y armónico conjunto de los conocimientos humanos.

El hombre que, poseido del deseo de saber innato en él, extraña cuanto le rodea y ansía alcanzar lo que él es, de dónde viene, á dónde va, sigue cualquiera de estas dos ramas, la

---

(1) El Marqués de Pidal.

de la *Filosofía* ó la de la *Historia*, deduce, ó induce, y de principio en principio, ó de hecho en hecho, camina por entre el ramaje de la ciencia hasta llegar á la divinidad misma, cuyo temor es el principio de toda sabiduría y conociendo al Creador, aunque imperfectamente, por sus criaturas. La rama de la *Filosofía* le enseñó la causa de las cosas y le demostró los efectos, sentó principios y dedujo consecuencias, y del efecto á la causa y de la consecuencia al principio, le condujo hasta Dios, primera causa y principio eterno.

La rama de la *Historia* le enseñó las acciones de la humanidad, le condujo al través de todas las generaciones y atravesando las edades moderna, media y antigua, le llevó hasta el día en que nuestros primeros padres brotaron al impulso de un *fiat*, manifestación de la voluntad de Dios.

Y si estas dos ciencias, que bastan por sí solas á resolver al hombre los más árduos problemas de su sér en relación con su pasado, con su presente y con su porvenir, se unen y juntan, no en estéril y repugnante mezcla, sino en útil y sábia combinación, facilitan inmensamente el camino de la verdad al que poseído de un concienzudo y justo deseo de saber desea acercarse á la verdadera sabiduría.

Cuando la *Historia* se pone al servicio de la *Filosofía*, y evocando del sepulcro del pasado á todas las escuelas que trataron de la *scientia causarum rerum*, las juzga y examina y ve sus efectos, pesa sus resultados, mide sus frutos, el hombre aprecia en la balanza de la experiencia el valor de las palabras y de los principios, y descartando del caudal de su inteligencia los abrojos, enriquece con florecientes plantas y regaladas flores. Pero cuando la *Filosofía* ilumina con su clara luz á la *Historia*, cuando aplicando el criterio de lo justo y de lo bueno examina uno por uno y todos en conjunto los grandes hechos de la humanidad, indagando su origen, averiguando sus causas, investigando sus efectos y rebuscando sus móviles, el hombre recoge abundantes frutos del árbol de la sabiduría y ve confirmadas por la ciencia las grandes virtudes, los eternos principios que la fé le enseña. Esta ciencia se llama *Filosofía de la historia*.

En esta como en todas las ciencias que directamente se relacionan con la Religión y con el dogma, la humanidad se ha dividido en dos escuelas, en la *racionalista* y la *católica*; predominan en aquella la que se apellida *fatalista*, al par que la otra se proclama *providencialista* en la historia. La una fundada en lo que llama principio, no siendo más que un hecho de que todo nace, se desarrolla y muere, no ve en la aparición y desaparición de instituciones, clases, razas, generaciones, individuos, más que la confirmación de esta ley, cuyo cumplimiento no falsea nunca porque no señala los términos temiendo ser desmentida. La otra, por el contrario, partiendo del verdadero y eterno principio de que Dios es causa primera de todo, vé en cada hecho que á sus ojos nace, se desenvuelve y muere, un ensañamiento y una manifestación del sumo poder y de la infinita sabiduría. La una, no vé por ejemplo, en la invasión de los árabes en España, más que la *fatal* é indispensable ruina de una civilización y de una raza sujeta á la ley comun del nacimiento y de la muerte.

No mira en los sacos de la Roma de los Césares y de la Roma de los Pontífices, más que una raza y una institución sufriendo *fatal* y necesariamente á otra institución y á otra raza *et sic de cæteris*. La otra, por el contrario, ve en la invasión de los árabes el *providencial* castigo de una raza degradada y una civilización corrompida. Mira en los sacos mismos de Roma y en las persecuciones de la Iglesia y de sus Prelados, la providencial expiación de los delitos de los Césares y de los extravíos de los cristianos, la relajación de costumbres y un medio de avivar la fé cuando languidece; contempla directa ó indirectamente el poderoso influjo de la mano que conducía á los hebreos á través del mar Rojo, y amontonaba nubes de fuego sobre la inmunda Pentápolis.

La una contempla el sitio en que se halla el flujo y reflujo de la humanidad, sin darse cuenta de quién lo mueve, por qué se mueve y para qué se mueve. La otra, subida en lo alto del calvario, tiende la vista á las primeras generaciones, y las vé ocupadas en preparar el camino por que ha de venir el Redentor del Mundo; fija su vista en las generaciones medias, y las

vé extasiadas recoger el fruto de la sublime doctrina, la dirige por fin hácia las generaciones modernas, y las vé comenzar á luchar con la corriente que las arrollaba, y llenar así el puesto que les estaba señalado desde el principio de los siglos.

Nosotros, *providencialistas* como católicos, hallamos en la *Filosofía de la Historia* la clave de todas las grandes conmociones de la humanidad, y cuando vemos tantos tronos caidos, tantas instituciones derrocadas, tantas razas destruidas, recordamos involuntariamente los extravíos de esos tronos, de esas razas, de esas instituciones, recordamos que el Señor permitió que el Arca Santa cayese en manos de los filisteos, para castigar las faltas del pueblo escogido.

Roguemos al Señor para que los filisteos modernos no se apoderen del Arca Santa de nuestras creencias, que fuera sin duda la expiación de nuestras muchas culpas; luchemos ántes de tener que enjugar con el lienzo las lágrimas, y estudiemos la verdadera filosofía de la historia para atacar con brazo firme y seguro á la falsa y peligrosa, que *olvidando el hilo de los hechos*, hace que nuestra edad, segun la bellísima expresión de un ilustre Prelado, á fuerza de leer novelas, la imite y rompa el espejo para afearse el rostro.

(*Se continuará.*)

ALEJANDRO PIDAL Y MON.